

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
iustitiae partes tuendas suscepimus.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet
—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisiona-
dos, y 15 rs. al mes y 45 por trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La
administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificado.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provin-
cias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tai-
bout.—No se devuelve ningún manuscrito.

JUBILEO PONTIFICIO.

OFRENDAS A PÍO IX.

Suma anterior.	7,043
D. F. V. y Zea, Canónigo de la catedral de León, residente en Baeza.	500
D. Gregorio García Pando, Presbítero, Villanueva de Santiago.	160
D. Ignacio Beltrán, médico de Madrid.	30
D. Leoncio Bello con otros dos amigos.	100
D. Alonso Ceballos y Rico, Villafranca de los Barros.	100
D. Vicente Rubredo y Badillo, Arcipreste de Lara, que ruega todos los días en el Santo Sacrificio de la Misa por la conversión de los enemigos de Pío IX, Papa y rey.	6
Doña Catalina Otero y Ortega, católica, apostólica, romana, Rosituela.	2
Un carlista, sinónimo de católico.	20
TOTAL.	7,951

(Sigue abierta la suscripción hasta el 31 de Mayo.)

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Gaceta de ayer.)

VERSALLES, 29 (á la una de la tarde; Madrid ídem á las dos y quince minutos de la tarde).—El encargado de Negocios de España al Excmo. señor ministro de Estado:

«Según la circular que el Gobierno dirige á las autoridades sobre los sucesos militares de ayer, y que publica el *Journal officiel* de hoy, las tropas continúan sus trabajos para acercarse al fuerte de Issy, el cual apenas hace fuego; las baterías de la izquierda han operado contra el parque de Issy; á la derecha la caballería ha encontrado una partida de insurrectos, de la cual ha hecho prisioneros al capitán, el teniente y 40 hombres, dejando además 30 ó 40 entre muertos y heridos, sin que las tropas hayan tenido baja alguna.»

(Gaceta de hoy.)

VERSALLES, 29 (á las diez y treinta y cinco minutos de la noche; Madrid, 30, á la una y doce minutos de la tarde).—El encargado de Negocios de España al señor ministro de Estado:

«Hoy se ha dado orden de no hacer fuego sobre las murallas de París en caso de que apareciesen en ellas la bandera de los franc-masones, que habían anunciado el envío de parlamentarios á Versalles.»

VERSALLES, 29 (á las once y veintidós minutos de la mañana; Madrid, 30, á la una y quince minutos de la tarde).—El encargado de Negocios de España al señor ministro de Estado:

«El fuerte de Issy ha sido energicamente bombardeado esta noche, y reducido á silencio el tiempo necesario para que las tropas hayan podido apoderarse del Chateau, del parque y del cementerio de Issy, así como de la trinchera, en donde se establecen y mantienen.»

VERSALLES, 30 (á las cuatro y veinte minutos de la tarde; Madrid, á las cuatro y treinta y nueve minutos de la tarde).—El encargado de Negocios de España al señor ministro de Estado:

«M. Thiers recibió anoche á los parlamentarios franc-masones. Estos le manifestaron que ni eran hombres políticos, ni su misión tenía más objeto que el de la conciliación. M. Thiers contestó en el mismo sentido que á los demás delegados de otras asociaciones, y con esta respuesta han vuelto á París muy reconocidos á la acogida de M. Thiers. Hoy han traído un centenar de prisioneros.»

LONDRES, 29 (á las tres y veinte minutos de la tarde, por el cable anglo-portugués).—Según las últimas noticias de París, esta mañana ha cesado el fuego de cañón en toda la línea.

Los fuertes del Sur han sufrido mucho: están casi destruidos.

VERSALLES, 30 (recibido á las nueve de la mañana).—El ministro de Negocios extranjeros á los representantes de Francia en Londres, San Petersburgo, Florencia, Madrid, Bruselas y Viena:

Continúan con éxito nuestros ataques al fuerte de Issy, el cual sigue silencioso á nuestra artillería, que no cesa un momento. Los insurrectos, fuertemente atrincherados en la Granja Bonamy, habían recibido en la noche del 27 á 28 un asalto intencional por el suficiente número de tropas.

Ayer la división Larreille les ha arrebatado brillantemente esta importante posición.

El general Cusey dice en su despacho que no podrían tributarle bastantes elogios á las tropas: han muerto á unos treinta insurrectos y hecho 76 prisioneros.

Al mismo tiempo el general Jacot se apoderaba del cementerio y del parque de Issy, el cual nos colocaba á poca distancia de los asaltantes y de la entrada del fuerte. El hecho ha sido realizado con inusitado arrojo.

Después de la toma de las barricadas y de las trincheras los insurrectos se retiraron precipitadamente, dejando numerosos muertos y heridos, así como también un centenar de prisioneros, ocho piezas de artillería, muchas municiones y ocho cañones.

Los delegados de la franc-masonería vinieron ayer á pedir el entrar en negociaciones, respondiéndoles que no había más que un medio de conciliación; la sumisión absoluta que obtendrá el Gobierno de grado ó por fuerza.—Julio Favre.

(De la Agencia Fabra.)

VERSALLES, 29 (por la noche).—En la Cámara de diputados Mr. Dufaure ha presentado un proyecto de ley para que no se pueda enagajar las propiedades embargadas en París. Estas propiedades podrán ser siempre reclamadas judicialmente.

Los individuos que hayan tomado parte en el embargo, destruyendo las escrituras públicas y los expedientes judiciales sufrirán las penas determinadas por las leyes. El ministro ha pedido la urgencia y se le ha concedido.

Un oficial de marina diputado ha protestado contra las acusaciones dirigidas por el enemigo contra el honor del ejército, en las que se dice que ha habido compromisos tomados y no respetados.

El general Leffé cree que es inoportuno discutir esta cuestión, y añade que después de la batalla un jurado de honor decidirá acerca del particular.

Una manifestación provocada por los franc-masones, ha tenido lugar hoy después de medio día. Algunos miles de personas han atravesado los Campos Elíseos

llevando ramos verdes y banderas blancas á su legada á la puerta Maillot. Cesó el fuego, pero la comitiva recibió aviso de que no se acercase, que se admitirían tan solo dos parlamentarios. Se presentaron en efecto y llegaron á Versalles.

Avisos de París han anunciado ayer que 200 soldados con uniforme de infantería han bajado á los Campos Elíseos. Decíase que eran desertores de Versalles.

Según informes autorizados, podemos asegurar que el suceso de la salida de Versalles ha desahogado desde la última semana de Abril.

Los acontecimientos de París, tienen en justa inquietud á toda la nación vecina, que ve con dolor profundo prolongarse demasiado una situación gravísima y llena de peligros. El Gobierno de Versalles, en sus conferencias con los masones, que han ido á hablarle de conciliación, ha manifestado energía, diciendo que no se contenta con menos que con la sumisión absoluta de los rebeldes, de grado ó por la fuerza.

Si á estas palabras acompañaran las obras, valdrían más: el Gobierno de Versalles no tiene fuerza para lograr en breve plazo sofocar la insurrección.

Un periódico decía anoche, que aseguran personas recién llegadas de Versalles, que no se dará el ataque general contra París, digase lo que se quiera. No se dará, porque la aproximación á los fuertes y muros causaría pérdidas enormes, y además, porque si dividida está la Comuna, dividido y desmoralizado está el ejército de Versalles. Los soldados bisoños acusan de imperiaistas á los que llegan de Prusia, y los antiguos desdénan á los bisoños y los miran con envidia por los ascensos que han tenido. Mac-Mahon es también, según parece, mirado con desconfianza.

Además, el boletín de las operaciones militares que publica el *Gauleis* considera difícilísimo que las tropas se apoderen de París. Después de haber de las batallas del 27, que como las de los días anteriores, han sido casi iguales y se han reducido á combates de artillería, dice lo siguiente: «Los medios enormes de que disponen los insurrectos se ponen en juego con gran inteligencia del arte de la guerra. Hasta aquí hemos podido forjarnos ilusiones, contar sobre hechos eventuales, sobre acontecimientos que podían surgir y dispensarnos de usar de todos nuestros medios de acción: ya no hay que contar con eso.»

«No hay tampoco que ensayar el asalto; sería muy costoso, caminemos como en un sitio en regla, puesto que nos hallamos frente á una ciudad fortificada y bien defendida y ganemos cinco metros por día: no podemos avanzar más rápidamente; pero al menos avanzamos en esa proporción.»

«Se puede dar más categórica declaración de impotencia?»

En París se construyen diariamente nuevas barricadas y se abren nuevas minas y se colocan torpedos y toda clase de máquinas de destrucción, asegurándose que hay un partido entre los rojos, dispuestos á destruir á París antes que entregarse.

Las vejaciones contra las personas y cosas eclesiásticas continúan; los periódicos publican la lista de los templos mandados cerrar en París después de despojados de cuanto tenían. Cuántas el Panteón, Nuestra Señora, las dos grandes iglesias de París, Saint-Leu, Saint-Laurent, Notre-Dame de Lorette, la Trinité, Saint-Philippe, Saint-Pierre, Saint-Martin, Saint-Jean, Saint-François, Saint-Eloi, Saint-Médard, Saint-Etienne, Saint-Jacques, Saint-Roch, la Asunción, Saint-Bernard, Saint-Denis, Saint-Ferdinand, la Anunciación, Saint-Vincent Paul y otras siete capillas.

Los conventos en que los revoltosos han cogido cuanto han podido encontrar en ellos, son el de Jesuitas, seminario del Espíritu Santo, Dominicanos, casa de lazaristas, seminario de Saint-Sulpice, hermanitas de los pobres Capuchinos, carmelitas, damas agustinas, seminario de Issy, la Soledad, escuelas cristianas, hermanas de la Caridad, la Adoración, establecimiento de Caridad, Sagrado Corazón y otras cuatro ó cinco.

Entretanto, en la célebre Conserjería que encerró á Luis XVI y María Antonieta, hay todavía 60 Sacristías presas, además de otros tantos que como el Arzobispo de París se hallan en Mazas, la Roquette, cárcel donde se guillotina, la Saute y demás prisioneros de París. Estos infelices mártires solo reciben por la mañana una ración insuficiente de pan negro, y á las tres un pequeño plato de arroz ó bacalao. No tienen ni tendones ni cuchillos, ni pueden, como los otros presos, pedir por su dinero otra clase de alimentos. Ancianos en su mayor parte, ni ven el sol ni pueden pasear.

Es grave la siguiente declaración del conde Bismarck en la sesión del día 24 del Parlamento alemán:

«Aunque Francia nos pague los 500 millones primeros, no evacuaremos los fuertes del Norte, sino después de firmado el tratado definitivo, con arreglo á los preliminares.»

Alemania ha permitido ciertas infracciones á los preliminares, en vista de la explosión del movimiento de París; pero esto ha exigido gastos y movimientos de tropas de los que es preciso se nos indemnicen. Si no se nos indemniza, haremos nuevas requisiciones.

Las negociaciones de paz de Bruselas no marchan: Francia quisiera obtener condiciones más favorables ahora que posee mayores fuerzas. No lo toleraremos.

No nos mezclaremos empero en los negocios interiores de Francia.»

Excuso hacer notar, dice una carta, la trascendencia de esta declaración; de ella se deduce que la Prusia no tiene, como se dijo, sentimientos benévolos hacia Versalles, y como una de las esperanzas del Gobierno Thiers consistía en la ayuda alemana, la situación se complica de nuevo por este lado.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 1.º DE MAYO DE 1871.

Á «EL IMPARCIAL.»

El *Imparcial* de ayer dispensa grandes, excesivos elogios á dos compañeros nuestros, el señor Navarro Villoslada y el Sr. Echeverría: al primero por el artículo intitulado *La oposición de Su Magestad*, y al segundo por las dotes de talento que demostró en la sesión del sábado; y supone, ó deja entender, que entre el mencionado escrito y el escándalo promovido en el Congreso debía existir íntima relación, obedeciendo entrambos he-

chos á no sabemos qué plan de conducta parlamentaria trazado en la redacción de EL PENSAMIENTO.

En cuanto á los elogios, debemos declarar una cosa: el propietario y director de *El Imparcial*, á quien personalmente apreciamos y queremos hacer muchos años, entre otras excelentes cualidades, tiene la de ser consecuente con sus amigos y por extremo benévolo y cortés con sus compañeros en la prensa. Para él todo periodista es hasta cierto punto un hermano, toda cuestión que afecta á la imprenta es una cuestión de cuerpo. Esto último lo puede hacer el Sr. Gasset y Artme porque es liberal, y dentro de los principios liberales cabe el sacrificar la justicia á la conveniencia de lo que llaman cuarto poder del Estado. Nuestra moral es más severa y más estrecha la regla que profesamos: no podemos, no debemos sacrificar jamás la verdad y la justicia, ni á compañeros, ni amigos, ni siquiera á padres y hermanos. ¡Ah! los periódicos, los diputados, los oradores á quienes tenemos que atacar diariamente, no comprenden el sacrificio que hace nuestro corazón al tener que herir á personas á quienes particularmente amamos, y por quienes en el seno de la vida privada estaríamos dispuestos á defender á costa de nuestra sangre!

Dicho esto como de pasada y para consignar una vez más la fiera que combatimos la mala doctrina, no nos impide amar personalmente á los que tienen la desventura de profesarla; debemos advertir que en las columnas de *El Imparcial* de ayer no es oro cuanto reluce. Seríamos excesivos, lastimosamente cándidos si fuéramos á tomar todos los elogios que hace de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL como moneda corriente. Léva en ello —¡pues no ha de llevar!—una segunda intención que rechazamos; la intención de dividirnos y sembrar la discordia en nuestro campo. Estamos prevenidos; ni aun los reclamos de la lisonja nos harán ir á donde nuestros adversarios políticos quieren atraernos.

Con respecto á la relación que se trata de establecer entre nuestro artículo *La oposición de S. M.* y el incidente de la sesión del Congreso, debemos declarar bajo nuestra palabra que no hay en ello más que una casual coincidencia. Ni el autor del artículo lo consultó con nadie al escribirlo y mandarlo á la redacción, ni el Sr. Echeverría fué el sábado á la sesión con ánimo siquiera de tomar parte en los debates que estaban á la orden del día. El escándalo fué promovido realmente por un diputado ministerial y por la conducta del presidente y la mayoría. Nuestro compañero no hizo más que defenderse y defender á los diputados carlistas á cuya dignidad se atacaba suponiéndolos consentidos en el Congreso por la tolerancia de los amigos del Gobierno.

Por lo demás, el artículo de EL PENSAMIENTO no va dirigido contra persona alguna determinada y menos contra ningún individuo de la minoría católico-monárquica. Enderezado está principalmente contra el Gobierno y la mayoría. Es una especie de aviso, de intimación previa para que retrocedan del camino que siguen en daño propio y con temerario empeño.

El Gobierno ha usado ó consentido todo género de violencias contra los carlistas en las pasadas elecciones, persuadido sin duda de que todo es lícito contra nuestro partido, y eso no puede ser, porque nosotros somos españoles, somos ciudadanos, estamos bajo el escudo de la ley, tenemos derechos, y de la violación de un derecho en el último de los ciudadanos se resiente toda la sociedad.

Aplicar la arbitrariedad, la fuerza del número á las cuestiones de actas, tanto en el Senado como en el Congreso, tampoco puede ser. Eso dará por resultado material una docena de votos más al Gobierno, una docena menos en la oposición; pero eso, cuando se funda en la sinrazón y la injusticia, desconecta al Gobierno, debilita á la mayoría, le quita autoridad, le roba prestigio y fuerza moral.

No puede ser que se elimine hoy á los Obispos elegidos en sus respectivas diócesis, como si fueran empleados del Gobierno, y por delegación de los ministros ejerciesen su jurisdicción: no puede ser que se aprueben actas evidentemente nulas y que se declaren graves otras evidentemente limpias de toda protesta, solo porque las primeras favorecen á los ministeriales y las segundas á los carlistas.

Se hace, pero no puede ser: se declara el absurdo verdad legal, y queda verdad legal lo que la razón desecha y la justicia en su más alto sentido condena.

Será; pero no puede ser, y no puede ser aun que se lleve á cabo contra carlistas; porque al fin y al cabo la injusticia clama al cielo, y no cesa de clamor hasta que queda reparada. Clama, y sigue clamando y va encontrando eco en toda conciencia recta, y todos estos ecos forman al cabo un grito que ensordece el acento de todos los Gobiernos.

No puede ser; y esto que por su bien, por su propio decoro se lo decíamos al Gobierno, también se lo advertimos á la minoría carlista.

No puede ser que te dejes pasar tantas injusticias sin protesta.

No puede ser que, víctima de sistemáticas arbitrariedades, te dejes convertir en esa oposición parlamentaria y ordenada que en Inglaterra forma parte del Gobierno, que se enorgullece con el título de *Oposición de S. M.*

Si tus protestas no son atendidas, salte, abandona el salón de las sesiones: y si deberes más altos te mandan permanecer, hazlo temible por tu conducta, por la razón, por la verdad, por el número, uniéndote, sin menoscabo de los principios, á republicanos, á moderados, á montpensieristas, á todo el mundo y á cualquiera; todo menos convertir tu causa en pleito ordinario de discursos académicos, de flores retóricas, de votaciones acompañadas, de *oposición de S. M.*

Esto decíamos sin pensar en nadie, sin acusar á nadie, y pocas horas después de escrito nuestro artículo, algo de lo que nosotros propoñíamos se verificaba en el Congreso por todos los nuestros, sin excepción alguna, y se verificaba sin que nadie tuviese noticia de nuestro artículo, con toda espontaneidad y por la fuerza de las cosas.

Prueba evidente de que interpretábamos bien el sentimiento y la actitud que iba á tomar la minoría carlista.

Creo *El Imparcial*; no tiene otro mérito nuestro artículo del sábado.

LA VIDA DE LOS PUEBLOS LIBRES.

Por más que digan los periódicos liberales que fué muy escueto el escándalo producido el sábado en el Congreso, nosotros sostenemos que fué un escándalo regular. ¡Como que no duró más de cuatro ó cinco horas! ¡Y se pasan los diarios ministeriales! ¡Pues qué ha de suceder con una mayoría insensata y con un Gobierno y con una presidencia que se empeñan en desconocer por completo la Constitución del Estado?

¡Que fué grande el escándalo! ¡Y qué vale este en comparación de los que tiene forzosamente que haber si la mayoría y el Gobierno no varían de conducta?

Se discuten las actas de Tudela, y después de una brillante impugnación del Sr. Múzquiz, se defendió el interesado Sr. Alonso Colmenares con una intemperancia propia de quien se ve y no se cree diputado liberal por Navarra. Entre las cosas originales que soltó por aquella bendita boca, fué una de ellas que los carlistas estaban en las Cortes por la tolerancia de los liberales y sobre todo de la mayoría.

Esto indignó justamente á la minoría carlista, que se levantó entera á protestar contra las afirmaciones disparatadas del Sr. Alonso Colmenares. Y claro: resultó un espantoso barullo. El señor Alonso, para remachar el clavo, dijo que no había más rey legítimo que Amadeo de Saboya, añadiendo que cualquier otro príncipe ó cualquiera otra forma de Gobierno eran indefendibles. Visto lo cual, el Sr. Echeverría, como diputado navarro, se levantó á decir que Navarra era carlista y á dar una lección de constitucionalismo al Sr. Colmenares, invocando el artículo del Código fundamental en que se declara esencialmente soberana á la nación.

Como el Sr. Echeverría, fuerte en su derecho, sostuvo energicamente que era lícito preparar la opinión en favor de determinadas soluciones distintas ó contrarias de la actual, y por tanto que había derecho para discutir la dinastía, los diputados ministeriales se alborotaron de una manera tal que hicieron perder la brújula al presidente. Este, resuelto ya sin duda á ocupar en definitiva la presidencia de la Cámara, quiso congraciarse con la mayoría, y usando de un rigor que no habíamos conocido en el Sr. Olózaga hasta el sábado, llamó al orden tres veces al orador carlista, y preguntó al Congreso si se le retiraba la palabra para toda la sesión al Sr. Echeverría. Tal pregunta sobrecorrió justísimamente á las minorías, y en medio de un alboroto que si fué grande no dejó de ser lógico, acordaron retirarse del salón para no presenciar aquel acto arbitrario, aquel alarde intempestivo de la fuerza numérica que constantemente se ha de sobreponer á la razón y al derecho.

El Sr. Echeverría pidió la palabra para defenderse, no bien el presidente hizo la pregunta á la Cámara; pero ó el Sr. Olózaga no le oyó, ó quiso dar una satisfacción á la mayoría, y en vez de conceder la palabra al orador acusado, como el reglamento marca, mandó que empezase la votación, que se verificó entre protestas y gritos de los pocos diputados opositores que quedaron en el salón.

Los carlistas, republicanos y moderados deliberaron durante algunos momentos, acordando presentar una proposición de censura contra el señor Olózaga, firmada por diputados republicanos y defendida por el Sr. Castelar.

Debe notarse que el Sr. Ríos Rosas había ya defendido el incontestable derecho de nuestro amigo el Sr. Echeverría á hablar antes de la votación.

Concluida esta, y ya dentro del salón las minorías, se le concedió la palabra al Sr. Echeverría, el cual sostuvo con firmeza que él no había provocado esta cuestión, como equivocadamente supuso el general Serrano, sino un diputado ministerial, y como este señor atropelló la Constitución pronunciando frases inconvenientes, creyó de su deber nuestro compañero rechazarlas y salir por los fueros de la legalidad existente.

La explicación dada por el Sr. Echeverría, manteniendo todas las ideas que había emitido, no con acaloramiento, según creyó el general Serrano, sino con serenidad y entereza, debió convencer á la mayoría de que el verdadero culpable fué el imprudente Sr. Alonso Colmenares, cuya ciega animadversión á los carlistas le hizo olvidar de una manera lastimosos los preceptos constitucionales.

La proposición de censura contra el presidente,

dió lugar á un discurso magnífico del Sr. Castelar, en que restableció clara y lógicamente la moderna doctrina democrática, la doctrina legal y constitucional. Dijo entre otras cosas que cuando es permitido discutir la Iglesia, discutir á Dios, adorado por los pueblos, cómo no se ha de permitir la discusión de la monarquía y la dinastía? Los argumentos del Sr. Castelar no tenían contestación, por más que el vicepresidente, Sr. Martín Herrera, se aferró con una tenacidad impropia de un fronterizo en que todo era discutible menos la monarquía y la dinastía.—¡Ave María Purísima!

Pocas veces hemos oído al Sr. Castelar discursar con más acierto y con más lógica que el sábado, sin dejar por eso de embellecer su peroración con esas imágenes brillantes, esos rasgos poéticos que caracterizan su oratoria.

Si el ministerio no se sostuviese por la virtud de la conveniencia propia y por la potísima razón de que no se sabe quién podría sustituirlo, el sábado hubiera habido crisis á consecuencia del discurso del orador republicano. Con qué habilidad y con qué oportunidad recordó el Sr. Castelar que para el Sr. Martos los derechos individuales son ilegales, mientras para el Sr. Sagasta son inagotables! Esta palmaria contradicción se notó en las palabras pronunciadas por el general Serrano, por Olózaga, por Martín Herrera y por los diputados de la mayoría.

Estos sostienen que ni ahora ni nunca se puede discutir la dinastía, y así lo cree también el señor Martín Herrera: Olózaga no está del todo firme en este punto, y su opinión nos parece bastante nebulosa. El general Serrano niega la oportunidad de tratar de aquella cuestión y afirma que esto debe determinarse después, mientras Martos, conviniendo en la inoportunidad del asunto, dá á entender que hay perfecto derecho para discutir todo lo que hay en el cielo y en la tierra.

Aquí sí que viene bien la frase de Zorrilla: *«Nadie se entiende! Porque, en efecto, la mayoría vá por un lado, el Gobierno por otro, la presidencia por otro, y aun los mismos individuos del Gobierno no están de acuerdo.»*

Y se pasan los liberales de que haya escándalos en las Cortes! ¡Pues qué ha de haber, si todo lo que pasa en la Cámara en general y en el seno de la mayoría y del Gabinete en particular es un puro escándalo político?

EL ACTA DE TUDELA.

La tempestuosa sesión de anteaño puede considerarse como complemento de las elecciones de Tudela. Habíanse celebrado estas en medio de los mayores escándalos; el acta de Tudela viene escrita con la sangre vertida en los motivos que de intento habían promovido varios liberales en algunos pueblos para impedir que los carlistas tomaran parte en la votación. A una elección de esta especie correspondía una sesión como la del sábado. No sabemos si los ministeriales lo habían calculado así; el hecho es que la tempestad sobrevino producida por ellos.

Por el extracto que reproducimos de la *Gaceta* no es fácil que nuestros lectores formen idea, ni siquiera aproximada, del brillante discurso pronunciado por nuestro amigo el Sr. Múzquiz, contestando al Sr. Alonso Colmenares, y en apoyo del voto particular del Sr. Soler, que pedía que se declarase grave el acta de Tudela.

El Sr. Múzquiz, cuyas condiciones oratorias hemos tenido ocasión de elogiar más de una vez, refirió con claridad suma los escandalosos hechos ocurridos en Fitero, donde hubo palos y otros atropellos de menor cuantía; en Abilias, donde las violencias fueron más graves, y fué herido entre otros el primer contribuyente del pueblo; en Corella, donde hubo muertos y heridos, y en Cascanete, donde hubo escenas parecidas. En este último pueblo obtuvo hace dos años la candidatura carlista más de 900 votos y 50 la liberal: en las últimas elecciones el candidato liberal ha obtenido 725 votos y el carlista, nuestro amigo el Sr. D. Mauricio Bobadilla, natural de Cascanete, donde tiene grandes propiedades, casa, y familia, y criados, no obtuvo ni un solo voto.

Que el Sr. Bobadilla no había tenido ni un voto en su pueblo ya lo había dicho el Sr. Alonso Colmenares, sin tener en cuenta que con semejante dato probaba claramente lo que luego había de probar más ampliamente el Sr. Múzquiz, esto es, que en Cascanete no hubo propiamente elección, que los carlistas no habían tomado parte en ella y que era menester abrir una información para saber en virtud de qué procedimiento en un pueblo eminentemente carlista se habían aplicado 725 votos al Sr. Alonso.

El procedimiento ya lo indicó el Sr. Múzquiz: las mesas se constituyeron por unos pocos liberales á puerta cerrada. Después se trató de probar que los carlistas no habían votado, para lo cual era preciso recoger las cédulas talonarias, pero el criado del Sr. Bobadilla, á quien se dió esta comisión, fué muerto cuando la estaba desempeñando.

Este hecho horrible explica por qué ni en Cascanete ni en otros pueblos han podido probarse documentalente las inauditas violencias cometidas para impedir el triunfo del candidato carlista. Y si no hubiera sido por el terror infundido en todo el distrito, hubieran acaso demostrado también que, á pesar de las violencias, quien obtuvo mayoría fué el Sr. Bobadilla.

Pocas actas han podido presentarse al Congreso más graves que la de Tudela, porque en verdad no habrá acaso dos distritos en donde la elección haya sido más escandalosa.

Con razón acusaba el Sr. Múzquiz á los liberales en elocuentes períodos y brillantes apóstrofes de ser los primeros enemigos del sistema representativo, que tanto ensalzaban. El joven orador carlista iba á terminar su discurso haciendo resaltar el proceder tiránico de los liberales en la provincia de Navarra, donde tan bien se unen el amor á la verdadera libertad y el amor á la monarquía tradicional; pero el Sr. Olózaga apenas le dejó indicar su pensamiento, y por medio de dos ó tres interrupciones obligó al Sr. Múzquiz á sentarse, protestando contra la intolerancia del presidente.

En la rectificación estuvo el Sr. Múzquiz tan feliz como en su discurso protestando enérgicamente contra la afirmación del Sr. Alonso Colmeares de que los carlistas están en el Congreso por tolerancia de los liberales.

«Después de esto, concluyó el Sr. Múzquiz, votad como queráis, en vuestro triunfo o en vuestro descrédito».

Mas lo que ocurrió después hizo que el acta de Tulea se aprobase sin votación nominal y sin que muchos se enteraran de tal aprobación. Tal era el estado de la Cámara.

El resultado siempre hubiera sido el mismo. La justicia está de enhorabuena.

Con la presencia de ministro que todos los días tiene la Constitución en la boca y todos los días se mofa de ella y del juramento que de cumplirla ha hecho, como el Sr. Múzquiz, el Sr. Martos en la sesión del sábado tuvo valor de apostrofar a los carlistas, diciéndoles que solo por la tolerancia de los liberales estaban en el Congreso, que veinte veces habían dado motivo para ser exterminados, para ir a presidio y a la muerte, y que sin la clemencia de los revolucionarios los carlistas no habrían podido votar ni ser votados en las últimas elecciones.

Estas arrogantes palabras, más propias de un perdonavida que de un ministro, no pueden oírse con calma en boca de quien el 22 de Junio de 1866 estaba de la parte de los asesinos de los jefes de artillería. Nosotros retamos al Sr. Martos a que nos diga qué electores y elegidos pertenecientes a la gran comunión católico-monárquica tenían a su lado los amigos de S. E. al seducir, sostener y premiar a los artilleros que asesinaron en las calles de Madrid en el cuartel de San Gil a sus jefes.

Pero supongamos que los carlistas, ya que no asesinos, sean compradores. ¿Con qué razón los castigarán los políticos que han proclamado el derecho de insurrección, que lo han ejercido siempre que han podido y lo han premiado en sí propios y en sus amigos con inusitada largueza? ¿O por ventura el derecho de insurrección es acción meritosa o punible según tenga por objeto dar o quitar el poder al Sr. Martos y a sus amigos?

Considerado desde este punto de vista este gravísimo asunto, la llamada clemencia revolucionaria sería en todo caso un acto incompleto de justicia; pues lejos de castigar, debería premiar la situación a los que siguen el alto ejemplo de respeto a la ley y a las autoridades que les han dado los revolucionarios.

Pero el Sr. Martos se atrevió a llamar ingrato al partido carlista. ¿Ingrato! ¿Pues qué quiere el Sr. Martos? ¿Quiere por ventura que los diputados carlistas besen la mano de los asesinos de Iglesias, Valcárcel y Monteleón? ¿Por ventura ignora ese ministro que los carlistas fueron fusilados sin formación de causa en esos puntos y que entre los fusilados se contaba un imbécil? ¿Acaso ha olvidado que el Gobierno premió con un ascenso al autor de esta iniquidad sin ejemplo?

¿Y lo de Sara, y lo de Córdoba? ¿Y Alonso Lallave, Escoda y Carretero? ¿Y los Consejos de guerra en Burgos y estado de sitio de las Provincias Vascongadas? ¿Y los centenares de carlistas a quienes el Gobierno tiene en presidio en virtud de procesos notoriamente nulos?

¿Clemencia los revolucionarios con los carlistas, cuando los carlistas son insultados, apaleados y asesinados continuamente sin que los tribunales, con todo su celo, consigan nunca castigar como mandan las leyes estos diarios atropellos?

Clemencia con los carlistas los revolucionarios, cuando apenas hay pueblo de importancia en España que no cuente con su partida de la Porra contra nuestros amigos.

Basta de insultos. Haga lo que pueda la revolución con los carlistas, que al fin y al cabo son sus más temibles enemigos, pero no los insulte; ensáfese cuanto quiera contra ellos, pero respete al menos su dignidad, que es aun mayor que su dolor; entremételos si a tanto se atreve el señor Martos, pero no olvide el imberbe ministro que si algo hay en política digno de respeto en España, ese algo es sin duda la gran comunión católico-monárquica.

Los católico-monárquicos residentes en Madrid, y en nombre de los de toda España, consagrarán mañana un recuerdo de admiración y gratitud a los héroes que en 1808 defendieron la independencia nacional, tremolando valerosos la bandera que lleva por lema las santas palabras de Dios, Patria y Rey.

La gloria del 2 de Mayo es nuestra gloria; nuestra honra es la de aquellos héroes, que lucharon y murieron por lo que nosotros defendemos. Hoy que son insultados y escarnecidos las tradiciones patrias, mostremos al mundo que hay en España dignos hijos de los mártires de la independencia y de la religión.

La celosa Junta provincial Católico-monárquica ha querido que este año sea más solemne y pública que los anteriores la conmemoración del 2 de Mayo por parte de los carlistas madrileños.

Al efecto, esta tarde será colocada en el monumento donde reposan los restos de las víctimas, una corona notabilísima, de grandes proporciones. Jamás se ha puesto en aquel venerable lugar una corona semejante: tiene dos metros de diámetro y pesa siete arrobas: es de siemprevivas, y en forma de cruz, campean entre ella cuatro preciosas margaritas. En la parte superior lleva un elegante lazo de seda con los colores nacionales, el cual se extiende formando ancho y lujoso pabellón a toda la corona. El fondo de la corona es negro, y sobre él se destaca la siguiente inscripción, debajo de una cruz blanca:

DIOS, PATRIA, REY.
A LOS HÉROES DEL DOS DE MAYO
DE 1808
LA ESPAÑA CATÓLICO-MONÁRQUICA.

Los hijos del pueblo han acudido en grandísimo número a la junta provincial, solicitando con empeño el honor de llevar la corona al monumento cenerario.

No se han contentado con esto los carlistas de Madrid, sino que han dispuesto una solemne función religiosa en sufragio y honra de las víctimas del 2 de Mayo. Esta función se celebrará en la Iglesia del Carmen Caído, calle del mismo nombre, oficiando de Pontifical el señor Obispo de Urgel, senador del reino. Será diácono asistente el Sr. Pasalodos, Presbítero diputado a Cortes; diácono de honor los Sres. Vidal y Fernández, y predicará el Sr. Izquierdo, diputado también así como los anteriores.

El *Imparcial*, que como dijimos hace pocos días, no debe oír con mucho gusto que se trate de sustituir al Sr. Olózaga en la presidencia del Con-

greso, le elogia hoy por su conducta en la sesión del sábado, defendiéndole contra los ataques que lo dirigen algunos periódicos.

«Cree *El Imparcial* que después de la votación que recayó sobre el voto de censura contra el señor Olózaga, no está este señor bastante seguro en su silla presidencial?»

Porque, por lo demás, en cuanto a la conducta del Sr. Olózaga, todos sabemos a qué atenernos. Basta leer el *Diario de las Sesiones* para comprender lo desconcertado que estuvo el Sr. Olózaga.

Hace pocos días que llamó una vez al orden al Sr. Castelar por ciertas palabras semejantes a las del Sr. Echeverría. El Sr. Castelar defendió su derecho y el Sr. Olózaga no se atrevió a insistir. El sábado quiso sin duda hacer un saludable escarmiento en la persona de un diputado novel; pero no le salieron bien las cuentas.

No faltaba quién, durante la votación para que se retirara la palabra al Sr. Echeverría, decía: «Debemos alegrarnos de esto, porque así acabaremos de una vez con la cuestión de si se puede discutir o no acerca de ciertos asuntos.» ¡Qué ilusiones!

Es probable que los diputados y senadores carlistas nombrados por sus respectivos cuerpos para asistir en comisión a la función cívica del Dos de Mayo, se excusen de concurrir a este acto.

Es probable que también se excusen los diputados republicanos.

Es probable que los moderados se excusen igualmente.

En cambio asistirá D. Amadeo.

Por orden del ministerio de Hacienda se ha prorrogado hasta el 20 de Mayo el plazo para terminar el reparto de las cédulas de empadronamiento.

El Imparcial ataca con este motivo duramente al Sr. Moret, ataque que contrasta con el celo que muestra el diario cimbrío en la defensa del señor Olózaga.

Así juzga *El Imparcial* la nueva orden del señor Moret sobre cédulas de empadronamiento:

«No creemos que se haya adelantado gran cosa con la prorroga pura y simple del plazo. Las dificultades que se han originado del sistema empleado para el reparto de esos documentos y cobranza del nuevo impuesto son notorias; las quejas multiplicadas; los perjuicios que al contribuyente se causan con la pérdida de tiempo incontestables; las infracciones de la ley y de las órdenes ministeriales denunciadas por los que de ellas son víctimas y por la prensa; y sin embargo, el orden ministerial que publica la *Gaceta* de ayer se limita a ampliar por veinte días el plazo para el reparto.

Creemos que con esto no se habrá adelantado gran cosa.»

Dice anoche *La Correspondencia*:

«Parece que los carlistas de varias provincias tienen señalado uno de los días primeros de Mayo para lanzarse de nuevo al campo en favor de su causa.»

También nosotros hemos oído que en varias provincias se preparaba algo parecido a lo de Sara y Córdoba, y aun se citan las de Guadalajara y Ciudad Real como las preferidas ahora para teatro de tales escenas.

Por más que nos resistamos a dar crédito a estos rumores, sirvanlos de aviso a los carlistas para no caer en la red de los tiempos.

La situación va de mal en peor, y solo un simulacro de levantamiento podría consolidarla por algún tiempo. No creemos que nuestros amigos estén dispuestos a venir en auxilio de los revolucionarios.

Publicase en Barcelona un periódico, órgano de *La Internacional*, de esa temible sociedad demolidora, el cual periódico, para tranquilizar sin duda a los tímidos, a los pacatos que se asustan del socialismo, suelta, en el número que acabamos de recibir, la siguiente bomba:

«Desde que la civilización, en su reciente progreso, proclamó la soberanía de la razón humana,...

...¿Va no hay dogmas!!!

Las instituciones llamadas a juicio como autoras del gran crimen social, permanecerán sin ser comparadas ante el tribunal de la razón a demostrar la justicia de sus fundamentos.

LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES, que aspira a constituir un nuevo orden económico sobre la base de la igualdad NIEGA la justicia de aquellas instituciones que mantienen el monopolio en la explotación de las fuerzas productoras. Contra *La Internacional*, los conservadores y su prensa no tienen otras armas que la difamación y la calumnia. Insultar no es convencer. Por lo tanto,

RETAMOS

a la prensa conservadora de todos los partidos a que sostenga en razonada discusión sus principios, probando la justicia del orden social que reina, para lo cual

Negamos la justicia de la propiedad individual de la tierra y de los grandes instrumentos del trabajo.»

La lógica de los principios es inflexible. Se empieza diciendo: ¡ya no hay dogmas! y se concluye: ¡ya no hay propiedad!

Pero ¿quién empezó negando los dogmas? ¿No fué el doctrinarismo? Pues ved ahí el generador del socialismo.

¿Y se escandalizan los doctrinarios!

Hemos tenido el gusto de recibir noticia del casamiento del infante D. Alfonso de Borbón y Austria de Este, con doña María de las Nieves de Braganza, infanta de Portugal, celebrado en Hamburgo, el 26 de Abril, en la capilla de S. A. el príncipe Carlos de Löwenstein. Casó a los jóvenes principes el Excmo. señor Obispo de Maguncia.

Este faustísimo suceso llena de alegría a los legitimistas de España y Portugal, que ven en doña María de las Nieves una dignísima esposa del noble príncipe que ha dado altos ejemplos de virtud y valor defendiendo la causa del Pontífice-Rey, y en el augusto hermano de D. Carlos un dignísimo esposo de la ilustre princesa a quien un escritor extranjero saludaba no ha mucho, llamándola «la princesa mejor educada y de más reconocida virtud de Europa.»

Este enlace una más y más la suerte de los ilustres familias de Borbón y Braganza, y es un feliz augurio de mejores días para la península española.

Nosotros enviamos nuestro humilde parabién a los jóvenes esposos y a los augustos jefes de su familia, elevando al cielo fervientes votos por su felicidad y por la de los pueblos que de ellos esperan su ventura.

¿Cuál es el resultado práctico de la sesión celebrada el sábado en el Congreso? Oigamos a *La Política* de anoche:

«Si no fuéramos liberales, si profesáramos al parlamentarismo la antipatía de escuela y el odio inve-

terado que por el siente el partido absolutista, celebráramos la sesión de ayer como un fausto suceso, y hoy nos extenderíamos resumiendo los episodios dramáticos y cómicos incidentes en que tanto abundó; pero somos constitucionales, amamos sinceramente el sistema representativo, las buenas prácticas parlamentarias y no hemos de ser cómplices de los que provocaron y consumaron ese inaudito escándalo, superior en mucho a todos los que ya habíamos dado el actual Congreso.»

Es de advertir que *La Política* cree culpables a la mayoría y al presidente de la Cámara: de modo que nosotros, enemigos del parlamentarismo, éntonces del escándalo producido el sábado en el Congreso, tenemos derecho para decir que, gracias a la mayoría y a la presidencia, el país habrá podido ver lo que son esas Asambleas de representantes del pueblo que de todo se cuidan, y lo que es peor, de todo pueden cuidarse menos del pueblo.

No hace mucho decíamos en un artículo de fondo, que toda la política de *La Epoca* consistía en ir trampeando hasta que el príncipe Alfonso estuviera en condiciones de entablar acción de pretensión al trono de España. Si acertamos o no, díganlo las siguientes líneas del primer artículo de *La Epoca* del sábado:

«La ruina de lo actual se aceleraría por consiguiente; pero hay una cosa que para nosotros está muy por encima de ese fin, y es el interés de la patria, objeto al cual ponemos todo afecto personal y que hoy nos aconseja no auxiliar a ninguna obra, a ningún negocio, a ninguna empresa de pura destrucción, mientras el país por sí, la opinión pública ilustrada por la experiencia y los desengaños no hayan resuelto, deslindado y preparado lo que ha de reemplazar a lo que, vencido por su mismo peso, se desmorone y venga a tierra.»

Como el que no se consuela es porque no quiere, no falta quien diga que sesiones como la de anteayer contribuyen a dar cohesión al Gobierno y a la mayoría. Los que tal dicen pueden aducir como testimonio las siguientes líneas de *La Epoca* de ayer:

«Como el Sr. Martos se mostró ayer poco conforme con sus compañeros y con la mayoría, llamó la atención que al concluir solo el Sr. Ruiz Zorrilla se levantara a estrecharle la mano. Ayer empezó a ser pública la crisis.»

Una porción de periódicos liberales, la mayor parte de ellos, hace grandes elogios de nuestro compañero el Sr. D. Luis Echeverría y de sus dotes parlamentarias.

Nosotros les damos sinceramente las gracias, y rogamos a Dios que no por ser tan apto para el Parlamento se haga nuestro amigo parlamentario.

Así lo esperamos, porque es cierto que es buen orador, el Sr. Echeverría es todavía mejor carlista.

Al cabo la *Gaceta* de ayer publicó un decreto, fechado el 29 de Abril último, admitiendo la dimisión presentada por el teniente general D. Juan de Zavala, marqués de Sierra-Bullones, del cargo de jefe del cuarto militar de D. Amadeo.

También vemos resulta en la *Gaceta* de hoy la cuestión del nombramiento de capitán general gobernador superior de la isla de Cuba, habiendo sido nombrado para desempeñar estos cargos, por decretos de la misma fecha, el teniente general don Blas de Villate, conde de Balmaseda.

Por la vía de Nueva-York se han recibido los siguientes despachos telegráficos de Cuba que tienen bastante importancia:

HABANA, Abril 12.—El Obispo Sr. Martínez llegó aquí en el *Missouri*. No teniendo permiso del capitán general para volver y no estando visado su pasaporte por el consul de Nueva-York, no se le ha permitido desembarcar. No se sabe si volverá a España o si se quedará aquí. El asunto ha llamado la atención.

HABANA, Abril 13.—El Gobierno abrió la correspondencia que trajo el *Missouri* de Nueva-York y después la mandó entregar.

El Obispo permaneció aún a bordo. Las autoridades le dan permiso para dirigirse a donde quiera, menos quedarse en Cuba. El pueblo aprueba la disposición.

Se han recibido noticias de Puerto-Rico hasta el 2 del corriente.

El general Baldrich se volvió a hacer cargo del mando.

Romero, nombrado secretario, no tomará por ahora posesión de su destino.

Ha sido publicada la lista de los candidatos para diputados a Cortes.

El partido conservador hace grandes esfuerzos.

Se ha mandado suspender la orden por la cual se disponía que los brigadieres Sres. Vargas y Juarez de Negron formaran parte del consejo de guerra que ha de juzgar en Valladolid al general Sr. Novales, por haberse negado a jurar a D. Amadeo.

En Valencia ha sido puesto a disposición de los tribunales por los dependientes de orden público Fermín Soto, vecino de Ruzafa, el cual, según parece, se halla complicado en el asesinato del general Prim.

Dentro de uno o dos meses, esperamos ver en *La Correspondencia* el siguiente sueto:

«Ha sido puesto en libertad Fermín Soto, vecino de Ruzafa, detenido en Valencia por creerse complicado en el asesinato del general Prim.»

Por decreto del ministerio de la Gobernación fecha de ayer, se dispone que en los días 21 de Mayo y siguientes se proceda a la elección de diputado a Cortes en el distrito de Huete, provincia de Guenca, con sujeción a las disposiciones de la ley electoral vigente, por haber optado el diputado electo por dicho distrito por el cargo de senador.

Por orden circular del ministerio de la Guerra de 27 de Abril último, queda definitivamente cerrada la recluta, por ahora, así en los cuerpos del ejército como en los depósitos, con destino a Ultramar.

Por orden del ministerio de la Gobernación fecha 20 de Abril último, se resuelve que las actas de los distritos de Arta, La Puebla, Seneu y Llubi de las islas Baleares, no se consideren definitivamente aprobadas, sino como actas graves que han de ser examinadas cuando la diputación provincial se constituya definitivamente, aplazándose hasta entonces la admisión como diputados de los señores marqueses del Palmer, D. Juan Massanet y Ochando y D. Juan Fortuay interin la diputación, constituida, resuelve la cuestión de incapacidad legal.

También se dispone quede levantada la suspensión de las sesiones acordada por el gobernador de la provincia, encargando a dicha autoridad convoque a los diputados para la elección de senadores.

Anteayer llegó a Madrid, procedente de Canarias, donde estaba de cuartel, el brigadier D. Felipe Garçon, quien, según *La Correspondencia*, inmediatamente se presentó al ministro de la Guerra.

Parece que el fiscal militar del Consejo Supremo de la Guerra ha devuelto a este las sumarias instru-

idas contra el general Sr. Calonge y los brigadieres Lacy, Sanz y Trillo, cuyas causas han pasado inmediatamente al fiscal togado del mismo tribunal.

Dícese que de mañana a pasado quedarán acordados en Consejo de ministros los cambios de algunos gobernadores de provincia y el nombramiento de otros.

Esta es la tarea preferente del Gobierno.

El Imparcial asegura de una manera terminante que han llegado a Lisboa y otras poblaciones importantes de Estremadura y Antislucia, varios agentes de la *Internacional*.

E. tratanto, dicha asociación ha publicado en Valencia un manifiesto firmado por los individuos del consejo que tiene en Madrid, en cuyo documento se hace referencia a las huestes de Barcelona, Valencia y Santander, que el consejo aprueba y considera justas y legítimas. Acto continuo el consejo implora el auxilio de los obreros en favor de aquellos de sus compañeros que se encuentran sin trabajo por consecuencia de las huelgas.

La cosa de tiene malicia.

El Imparcial hace una sabrosa descripción de banquete con que los dueños del *restaurant* del café Europeo obsequiaron ayer a los representantes de la prensa madrileña, haciendo notar la ausencia de los carlistas y neo-católicos. Verdaderamente, el hecho es notorio; porque si los carlistas se contentan con dar las gracias cuando se les llama a comer gratis y opositamente hallándose alejados de la mesa del presupuesto, claro es que cambiando su situación no había de presentarse el triste espectáculo que hoy ofrecen los banquetes oficiales en medio de la miseria pública. Solo por una cosa sentimos no haber asistido al banquete de que se trata, por no haber podido secundar la noble idea de abogar por los periódicos encausados y encarcelados, cuyo deber cumplimos hoy con gusto desde las columnas de *El Pensamiento*.

Ahora que se premia a los escritores que desvergonzadamente combaten la religión católica, ahora que en las calles más públicas se pregonan «La defensa del ateísmo», *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* se asocia de muy buen grado a los que tratan de abogar por los escritores que están en el Saladero por si han atacado o no a personas e instituciones humanas.

Cuando la degradación moral y religiosa llega a tal extremo, el único amparo de los católicos es la libertad.

Ha salido de Valencia para Cartagena uno de los batallones de aquella capital.

También se encuentra en Cartagena el capitán general del distrito.

Al mismo tiempo, según *La Correspondencia*, se ha dispuesto que el brigadier director subinspector de ingenieros pase a inspeccionar las obras de fortificación terrestre de aquella plaza.

¿Qué ocurre en Cartagena? ¿Tan serias proporciones afecta la cuestión de los obreros declarados en huelga?

Leemos en *La Política*:

«Anuncia *El País* para dentro de pocos días, si motivos extraordinarios no lo impiden, la llegada a Madrid del general Caballero de Rodas, de quien se ha dicho estos días que había sido llamado por el Gobierno.

Si el general Caballero de Rodas persiste en sus propósitos, tan lejos estará de la situación hallándose en su casa como hallándose en Berlín.»

Resultando cuatro puestos vacantes en la comisión permanente de la diputación provincial de Valencia, se procedió a elegir a su reemplazo, resultando elegidos cuatro republicanos; de manera que la diputación provincial queda formada en su totalidad de republicanos.

Las comisiones nombradas anteayer por el Congreso para asistir a las funciones del Dos de Mayo, se componen de los señores siguientes: La del monumento del Prado de los Sres. Rivero, Montesinos, Cánovas, Figueras, Vega Armijo, Orense, Castelar, Ríos Rosas, de Bas, Paíu, González (D. V.), Lasala, Toreno, Angulo, Ramos Calderón, Gasset, Garrido, Puelas, Caneja, Echeverría, Múzquiz, Nocedal, Alcaiz Zamora y Llano y Persi.

Los comisionados que han de asistir a la función de los marinos en la Encarnación, son los Sres. Topete, Balaguer, Moreno Benítez, Moreno Nieto, Taladrá, Elduayen, Ardanaz, Vinader, Martínez Izquierdo, Sorni y Jove y Hevia.

Dice un periódico de Valladolid que hasta para las comisiones con que se agrava el malestar de los pueblos se tiene presente la opinión política de la delegación, que no lo es si con el título de capacidad no presenta la credencial de radical y progresista. «Hasta este extremo, añade, no llegaba el nepotismo de los omínosos tiempos de la España sin honra; pero mandando los progresistas, justo es que en todo se progrese. Por algo se llama esta época la de la igualdad y la de la justicia.»

Los progresistas son siempre fieles a sus principios.

Según *El Norte de Castilla* de Valladolid parece que a excitación de uno de los más patriotas de aquella capital van a picarse para que desaparezcan por completo las flores de lis que tiene la fachada principal de San Gregorio.

Estas son las ideas que brotan de los caletres revolucionarios.

Leemos en *Las Provincias* de Valencia:

«Algunas personas religiosas, teniendo en cuenta el gran desarrollo que en la vecina población marítima ha alcanzado la franc-masonería, han repartido con profusión unos breves folletos publicados últimamente en Vitoria por el diputado constituyente don Vicente de Manterlos, en los que se pone de relieve el espíritu anti-católico de esta asociación y los anatemas que por tal concepto ha merecido en diferentes épocas de los Papas.»

Estos son los beneficios y progresos que ha traído a España la gloriosa de Setiembre.

Los periódicos de Valencia habían vagamente de que se había secuestrado una persona acomodada de dicha capital, y de que se pedía por su rescate una fuerte suma.

La seguridad individual, como se ve, sigue estando a merced de los bandidos.

CORREO DE HOY.

Dice una carta de Florencia:

«El comisario de Roma, Sr. Gadda, ha sido llamado nuevamente para oír de su propia boca en qué estado se hallan las obras para la instalación de las oficinas de los ministerios.

El Gobierno se encuentra en una alternativa bien singular. Ha prometido y se ha obligado por medio de una ley a verificar la traslación de la capital en el mes de Julio; ha hecho para ello todo lo que era humanamente posible, pero ha reconocido que tenía que luchar con dificultades insuperables. Es imposible que para el mes de Julio estén dispuestos ni aun los locales para las dos Cámaras.

El Sr. Sella, que ha dicho que el Parlamento debería votar los presupuestos en el mes de Julio en Roma, quisiera que pudiese obtenerse este resultado y hasta se halla dispuesto a contentarse con una representación de aparato, con tal que pudiera de-

cirse: Ya estamos aquí. Pero algunos de sus colegas temen precisamente dar al mundo este espectáculo, y preferirían una dilación de algunos meses.»

Hoy no hemos recibido periódicos franceses.

ÚLTIMA HORA.

SENADO.

Después de leer el ministro de Fomento varios decretos de instrucción pública, uno de los secretarios dió lectura del proyecto de contestación al discurso de D. Amadeo.

El presidente mandó que se leyeran los artículos relativos a la discusión del mensaje, acordándose que esta fuera primero en enteralidad.

Se leyeron varias enmiendas sobre los párrafos 3.º, 6.º y 7.º, del Sr. Mendez Vigo; otra del señor Colmeiro, sobre el párrafo 7.º, y tres sobre el 4.º de los señores Obispos de Cuenca, Urgel y Jaén.

El señor presidente dispuso que las enmiendas pasaran a la comisión para que diera dictamen. Se decidió que se discutiese primero la presentada por el Sr. Mendez Vigo, sobre la cual dió un individuo de la comisión, que esta no la admitía. Empezó a hablar el Sr. Mendez Vigo, diciendo que respetaba y acababa lo existente y la persona del monarca; extendiéndose luego en largas consideraciones sobre la revolución y los partidos.

CONGRESO.

Abierta la sesión, el Sr. Vinader ha usado de la palabra acerca de las que pronunció días pasados el Sr. Martos.

El Sr. Vinader ha dicho que suponía que el ministro no quería dar a entender que los carlistas debían estar en presidio por delitos comunes, pero que aun refiriéndose a delitos políticos, las palabras del Sr. Martos eran injustas e inconvenientes, porque de aquellas provincias que habían obtenido algún indulto, cabalmente no había venido ningún diputado, y porque otras provincias que han enviado diputados lo han hecho a pesar de estar en estado de sitio y de sufrir las consecuencias de tal estado, acerca de lo cual sabía el Sr. Martos que había mucho que hablar y se hablaría en su día.

Que había en efecto muchos carlistas en presidio que estaban sufriendo condenas impuestas por tribunales incompetentes, y que cuando esto ocurría eran altamente inconvenientes las palabras del señor Martos.

El Sr. Martos ha dicho que él no se refería a delitos comunes, sino políticos, los cuales no avergonzaban a nadie. Que el mismo Sr. Topete no podía ofenderse de que se le dijera que estaba en presidio si hubiera fracasado el alzamiento de Cádiz. Que de las Provincias Vascongadas y Navarra ya llegaría el día de hablar.

Terminado este incidente ha empezado la discusión del acta del distrito del Hospital (Madrid).

La Cámara está como una balsa de aceite.

En la discusión del voto particular acerca del acta del Hospital han tomado parte los Sres. Soler, Albarreda, Díaz Quintero y Figueras.

El voto ha sido desechado en votación nominal por 140 votos contra 99.

Se discute el dictamen de la mayoría de la comisión acerca de la misma acta.

TELEGRAMAS.

(DE LA TABLILLA DEL CONGRESO.)

MARSELLA, 1.º de Mayo.—El cónsul de España al ministro de Estado:

En las elecciones municipales que han tenido lugar ayer en esta ciudad, ha triunfado la lista de la unión conservadora, habiendo obtenido más de 16,000 votos. A pesar de la lucha ardiente y disputada, la tranquilidad ha sido completa.

VERSALES, 1.º.—El encargado de Negocios al ministro de Estado:

Chusert, destituido de sus funciones de delegado de la guerra, ha sido arrestado por orden de la comisión ejecutiva aprobada por la Commune. El ciudadano Rouel le reemplaza provisionalmente.

Se espera de un momento a otro la rendición del fuerte de Issy.

(De la Agencia Fabra.)

CÓRTESES.

CONGRESO.

Extracto de la sesión celebrada el día 29 de Abril de 1871.

PRESIDENCIA DEL SR. OLÁZAGA.

Abierta á las dos, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Dióse cuenta de una comunicación del ayuntamiento invitando á las Cortes para que asistieran á la función cívica del 2.º de Mayo en honor de las víctimas de la independencia española.

Leyóse otra invitación del ayuntamiento para que los señores diputados asistiesen á la función religiosa en honor de los héroes del Calao muertos por la honra de la patria.

El Congreso acordó que fuesen comisiones de su seno á ambas fiestas.

Entróse en el orden del día, y continuó la discusión sobre el acta de Belchite, hablando los señores Díaz Quintero y Soler, y siendo aprobada.

Actas de Tudela.

Leído un voto particular del Sr. Soler pidiendo que se declarasen graves estas actas, dijo:

El Sr. ALONSO COLMENARES: Confieso que mi situación es desventajosa, porque el voto está encerrado en fórmulas sumamente vagas, y me limitaré por tanto á referir lo ocurrido en estas elecciones.

En Tudela ha habido disturbios lo mismo que en Corella, pueblo de mi naturaleza, y en Cascaute, de donde es natural el candidato carlista; pero esos disturbios no se han cometido por los liberales, como quiere suponerse, sino por carlistas.

En Corella empezaron las elecciones pacíficamente; se dividió la población en tres colegios: una de las mesas la ganaron por completo los amigos del candidato venido, y la tercera, mesa resultó intervenida. No hubo reclamación de ninguna clase en las dos mesas ganadas por completo, y lo que ocurrió se refiere á la mesa intervenida. De 441 electores que contiene aquella población han votado cerca de 800, no obteniendo yo más mayoría que 44 votos, lo cual demuestra que á pesar de aquellos sucesos ningún elector se retrajo.

Las ocurrencias de Tudela d-bieron también su origen á los carlistas. En los primeros días llevaban estos bastante ventaja, habiendo habido votos en primer lugar para el candidato carlista; después para el que tiene la honra de dirigirse á la Cámara; en tercer lugar para el candidato moderado, y últimamente para el republicano; pero no satisfechos los carlistas con esto, se lanzaron á la calle en la noche del segundo día de elección, haciendo varios disparos y dando lugar á que la autoridad trajesen fuerza. Hallábase el comandante de esta fuerza rodeado de algunos de sus individuos cuando se le disparó un trabuco que le perforó el uniforme.

Vamos á la parte más lastimosa, que es la de los sucesos de Cascaute. Entre los fanáticos partidarios que cuenta hoy la causa carlista hay allí un fabricante de fosforos, que es el encargado de generalizar ciertos retratos que circulan por España en las cajas de cerillas. Este fabricante celebró en su casa una reunión de hombres tan fanáticos como él, hallándose representada también por supuesto la clase evangélica.

En esa reunión de la casa del fosforero se evocó la memoria, muy querida para mí, de mi padre para maldecir y manifestar que yo era tan judío, tan perverso y tan indigno de la estimación de los navarros como mi padre. Se acordó además gratificar con tres pesetas á los que votaran al candidato carlista; y por último, concitar los ánimos del pueblo de todas maneras. Llegó el día de la elección; se constituyeron las mesas, y un notario público que allí existió se presentó en el colegio; y á pesar de que todos los concurrentes guardaban compostura, entró accediendo una partida de 47 ó 48 carlistas que llevaban el propósito de promover escándalo y empezaron á alborotar. Al retirarse después se encontraron un voluntario sin armas; se lanzaron sobre él, y le produjeron varias heridas de arma blanca.

Como se explica que en Cascaute, pueblo de la naturaleza del candidato carlista, no hubiera un solo voto para este cuando hubo para todos los demás? Por la indignación que causó en el pueblo la conducta de sus adeptos; y entonces acudieron al arbitrio de recoger las cédulas talonarias de los carlistas, sin contar que esas personas pidieron otras nuevas y votaron á mí. Esto es todo lo ocurrido en Tudela. No hay protestas ni en las actas parciales ni en la general, y yo no me explico que el Sr. Soler haya supuesto que esta acta pueda dar materia para una información.

Como no sé si algún hecho habrá podido influir en el Sr. Soler para obrar así, me reservo rectificar en caso necesario, y entre tanto ruego al Congreso se sirva desecher el voto particular del Sr. Soler.

El Sr. MUZQUIZ: Para conocer la verdad de lo sucedido en estas elecciones es menester considerar que Navarra es un país excepcional dentro de España; allí se respira otro ambiente; y si no hubiera habido empeño en concitar ciertos odios y en falsear por todos los medios la opinión predominante en el país, que es la carlista, no se daría el espectáculo de que las elecciones fueran batallas sangrientas que dejan en pos de sí llanto y luto en las familias, escándalo en la sociedad.

Para formar juicio acerca de las ilegalidades que allí se han querido cometer, basta considerar que Tudela, á raíz de la revolución, cuando eran tantas y tan lisonjeras las ofertas que en su nombre se hacían, cuando no había caído en el profundo descrédito que ahora os aboga, dió 5,000 votos al candidato carlista, habiendo alcanzado escasamente 4,000 el liberal, y hoy, que todas esas promesas se ven desvanecidas y que la revolución se ha desprestigiado por completo, sale triunfante un candidato adicto al Gobierno.

Se dice que el acta viene limpia; pero la relación del Sr. Colmenares demuestra que esto es el resultado de los atropellos de que han sido víctimas los carlistas, por más que se quiera aplicar al pobre y gastado recurso de presentar á los apaleados como apaleadores. Fíltro ofreció el espectáculo de un campamento militar en los días de las elecciones, los Voluntarios de la Libertad ocupaban los colegios; por las calles hubo palos para muchos y sustos para todos.

En Abitua, pueblo de valientes, no se pudo dar un solo voto al candidato carlista porque se hizo uso de las armas y resultaron heridos, entre otros, el primer contrayente y su criado.

Por lo que hace á Corella, ciudad que quiero mucho porque ha sido siempre afectuosa conmigo, que en las elecciones anteriores, aun estando yo en la cárcel, tuvo 940 votos de 1,000 electores, hoy el candidato carlista ha tenido un número muy reducido. Esto se debe á la impresión moral de la batalla que se dió poco antes de las elecciones so pretexto de aguas, en la que hubo algunos muertos y 30 heridos; se debe también á la presión de un ayuntamiento nombrado militarmente, y á otros muchos desmanes que allí se han cometido. ¿Se quieren más pruebas de ilegalidad? Yo creo que las indicadas bastan, mayormente si se tiene en cuenta que el voto del señor Soler no propone que se anule la elección, sino que se declare grave el acta y se deje para después de constituido el Congreso.

Pero aun hay más: en Cascaute, pueblo donde ha nacido el candidato carlista y tiene casa y propiedad, tuvo el representante de esta opinión en las elecciones anteriores 900 votos, sin que pasara su contrario á 50; y ahora no ha obtenido ningún voto el candidato carlista, y ha alcanzado más de 700 el Sr. Colmenares. Lo sucedido allí es tan grave, que en el voto se propone que se abra una información sobre los hechos que allí han tenido lugar. Allí se han variado los colegios, se han constituido las mesas á puerta cerrada, se redujo á prisión á cuatro de los electores más influyentes; y no contentos con esto, los voluntarios de la libertad hicieron algunos dis-

paros, causando varios heridos y dando lugar á que muchos electores tuvieran que huir del pueblo. Yo desearía saber si en vista de tantos excesos es posible hacer uso del derecho electoral. No hubo listas de votantes ningún día, ni se mandaron á la cabeza del distrito ni al Congreso de los diputados; y no habiendo más medio para demostrar que muchos electores no habían votado que el recoger las cédulas talonarias, un criado del candidato carlista á quien se dió esa comisión fué en su desempeño vilmente asesinado.

Un acta con tales vicios, un acta manchada con sangre que se atribuye á los carlistas, argumento bien pobre por cierto, ¿puede decirse que no es grave? Cuando una población vota en masa á los carlistas antes de los disturbios, y después de los disturbios hace lo contrario, ¿cómo se quiere sostener que tales sucesos han sido provocados por los carlistas? Yo, en nombre de la justicia, no puedo menos de pedir al Congreso que apruebe el voto del Sr. Soler. Además de la justicia, lo reclaman nuestros intereses, el decoro de la Cámara y el prestigio del Gobierno representativo. La verdad en la práctica de un sistema le acredita por más seguro camino que la injusticia y la violencia. Bien sé que el día que se procediese así llegaría el triunfo de nuestras ideas; pero también podrá decirse que á la hora que llegue ese triunfo, que á la hora que estos bancos estén poblados de carlistas, y no quede más que un pequeño banco para mis amigos los republicanos, y otro banco también pequeño para los representantes de los intereses creados en 30 años, á esa hora podrá decirse que....

El señor PRESIDENTE: Ruego á V. S. que se limite al acta de Tudela y no generalice la cuestión á toda Navarra.

El Sr. MUZQUIZ: Estoy concluyendo, é iba á decir que un general victorioso no pudo implantar aquí un rey extranjero, y á decir que se nos deja nuestra libertad en Navarra, ya que no habéis sabido acilimarla en.... (Rumores.)

El señor PRESIDENTE: ¿No tiene S. S. más que decir del acta de Tudela?

El Sr. MUZQUIZ: Lo que estoy diciendo. (Varios señores: Eso no es el acta.)

El señor PRESIDENTE: Ruego á S. S. que trate del único punto que se pue discutir....

El Sr. MUZQUIZ: No podía dar mejor final á mi discurso que la intolerancia de S. S.

El Sr. ALONSO COLMENARES: Puede decirse que el acta no ha sido impugnada por el Sr. Múzquiz, á quien no seguiré en sus consideraciones generales, debiendo solo manifestarle que la Cámara no espera que vengan sus amigos á darnos la libertad. Al propio tiempo debo desvanecer un error en que incurrió el Sr. Múzquiz creyendo que Navarra es carlista. Navarra es liberal, aunque se rian los carlistas que están aquí sentados por tolerancia nuestra. (Varios señores diputados piden la palabra.)

El señor PRESIDENTE: Suplico á V. S. que suspenda su discurso: han de votar los señores la palabra, y se van á anunciar sus nombres. Al mismo tiempo ruego al señor diputado se limite al acta de Tudela.

El Sr. ALONSO COLMENARES: Lo haré así; pero no sin asegurar antes que es completamente falso que se haya establecido en Navarra ni en parte alguna más monarquía que la constitucional de Amadeo I.

Contrayéndome á los pocos puntos concernientes al acta que ha tocado S. S., niego en absoluto que los sucesos hayan tenido el origen que les atribuye el Sr. Múzquiz. Ya he dicho que los heridos fueron dos voluntarios, una infeliz mujer y un tierno niño.

Las elecciones se han hecho á la luz del día; no ha habido puerta cerrada; lo que hay que es que en otras elecciones han triunfado los carlistas, se ha debido esto al retraimiento del partido liberal; pero Navarra va aprendiendo mucho, y hoy que la mayoría de sus representantes es liberal, cuando vengan otras elecciones, si ahora se sientan aquí cinco representantes de Navarra tradicionalistas, es posible que entonces no se sienten ninguno.

El Sr. MUZQUIZ: Consta de pública opinión que yo nunca envuene los debates ni fálto á la debida consideración de mis compañeros; jamás he faltado en este punto, y siento decir que en este caso echo de menos la frialdad judicial del Sr. Colmenares, porque se necesita valor para afirmar que los carlistas nos sentamos aquí por la tolerancia de los liberales. Nosotros hemos venido á este sitio por la voluntad libérrima de la inmensa mayoría de los electores, y cuando se ha dado el caso aquí de excluir algún candidato, solo por el simple cambio de una letra, ¿cómo hay arrojado para decir ciertas cosas? En mi elección he obtenido yo seis mil y tantos votos contra 929.

El señor PRESIDENTE: No se trata ahora de la elección de S. S., sino la de Tudela.

El Sr. MUZQUIZ: He sido altitud personalmente, y se ha dicho además que estamos aquí por tolerancia. Y ni ahora, ni mucho menos antes en la anterior elección, estamos aquí por tolerancia vuestra, vosotros que habéis abusado hasta lo increíble. Las palabras de S. S. exigen que se acepte el voto del Sr. Soler y que se abra la información que en él se pide.

Ya he dicho que el que se encargó de recoger las cédulas talonarias fué vilmente asesinado, y nada se ha contestado á esto. Por lo demás, el Congreso hará lo que mejor le parezca, puesto que en él está interesado su prestigio; yo he cumplido mi deber llamando la atención sobre hechos tan graves como los que aquí resultan, y demostrando á mis correligionarios, á mis amigos los electores del distrito de Tudela, que no les abandonamos, y que yo les envíe el testimonio de mi admiración. Después de esto, volad como gustéis; en vuestro triunfo lo nuestro descrito.

El Sr. ALONSO COLMENARES: Se me había olvidado, en efecto, ocuparme del hecho relativo al asesinato del que recogía las cédulas talonarias. No tengo noticia de ese asesinato; pero no habiendo estado el candidato carlista en Navarra durante las elecciones, mal pudo dar esta comisión á su criado.

Relativamente al estado excepcional en que ha estado el distrito, puedo decir que las autoridades son dignísimas y no han querido intervenir para nada en la contienda electoral.

El señor PRESIDENTE: Varios señores diputados pidieron la palabra al rectificar el Sr. Alonso Colmenares; pero como el Sr. Múzquiz ha respondido á la alusión por sí y á nombre de sus compañeros; como la alusión no era personal, si algún señor diputado encuentra alguna alusión á su persona, no á su provincia, no á su partido, lo concederé la palabra; pero si la piden con referencia á la alusión general de los diputados de Navarra no puedo concederla á ningún señor diputado, puesto que á la alusión general ha respondido ya el Sr. Múzquiz.

El Sr. IRIBAS: Yo he sido altitud personalmente.

El señor PRESIDENTE: No he oído nombrar á su señoría, y á las alusiones generales, repito, ya ha contestado el Sr. Múzquiz.

El Sr. ECHEVERRÍA: También yo he sido altitud.

El señor PRESIDENTE: No puedo conceder á V. S. la palabra.

El Sr. ECHEVERRÍA: Pues la pido en contra del voto.

El señor PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. ECHEVERRÍA: Poco he de añadir sobre la gravedad de esta acta, porque las últimas palabras del Sr. Alonso Colmenares, que revelan la ignorancia de ciertos hechos, demuestran la necesidad de que se abra la información que pide el Sr. Soler. Aunque he solicitado la palabra en contra del voto, puedo estar conforme con el pensamiento; lo que me ha movido á levantarme ha sido algunas palabras del Sr. Colmenares negando que haya habido exacciones y abusos, cuando todo el mundo sabe que ha estado á disposición de los candidatos ministeriales las autoridades, salvadas algunas honrosas excepciones, la milicia y todos los medios de ejercer coacción moral y material para impedir el triunfo de los carlistas.

Esto se ha llevado á tal extremo, que en mi dis-

trito, en el único pueblo que había milicia; es en donde no se ha podido votar. Por esto no he podido oír con paciencia lo que ha dicho S. S., después de haber tenido aquellas provincias en estado de sitio, y cuando no había quien quisiera aceptar la candidatura ministerial, que por último han admitido solo dos que vivían en Madrid. ¿Y aún se quiere decir que si estamos aquí es por la tolerancia de los liberales....

El señor PRESIDENTE: Sr. Echeverría, es mi deber manifestar á V. S. que ha pedido la palabra en contra del voto particular, y todavía no he oído á V. S. ni una sola impugnación este voto.

El Sr. ECHEVERRÍA: Yo combatí el voto porque limita á pedir que se abra una información, y cargo de una segunda parte proponiendo que se mande de un tanto de culpa á los tribunales. Por eso no puedo estar conforme y he pedido la palabra en contra.

Pero ha dicho el Sr. Colmenares que hace dos años no hubiéramos triunfado si no se hubiesen retirado los liberales.

El señor PRESIDENTE: Vuelvo V. S. á dejar de impugnar el voto particular, y no tiene la palabra más que para eso.

El Sr. ECHEVERRÍA: Pues bien: protesto, para concluir, contra lo dicho por el Sr. Colmenares de que debamos el estar en este sitio á la tolerancia de nadie ni de nada más que á la voluntad de los electores.

El Sr. ALONSO COLMENARES: Yo no he dicho que los diputados carlistas estén aquí por la voluntad de los electores de Navarra; sino por la tolerancia de esta mayoría, porque la mayoría sabe que después de recibida la investidura de diputado de la nación, aquí no se puede hablar de un rey legítimo de los carlistas; aquí no puede haber carlistas.

El Sr. ECHEVERRÍA: El Sr. Alonso Colmenares parece que no ha leído la Constitución, en la cual no hay precepto alguno que prohíba hablar de partidos; no hay reyes legítimos ni ilegítimos (Rumores); lo que hay es un artículo....

El señor PRESIDENTE: Ruego al Sr. Echeverría que repita las palabras que acaba de pronunciar, para explicarse si es necesario.

El Sr. ECHEVERRÍA: Iba á decir espontáneamente que hay un artículo en la Constitución que proclama que de la Soberanía nacional emanan todos los poderes del Estado, y por consiguiente, aunque nosotros rechazamos la S-beranía nacional, y aceptamos sólo esta Soberanía convencionalmente para entrar en la lucha legal (rumores), en la lucha legal, de la otra no quiero hablar (nuevos rumores), tenemos derecho á hablar de todo aquello que pueda conducir á la reforma de la Constitución, y á preparar la opinión en este sentido. Tenemos, pues, el derecho de hablar de carlistas y del rey que nos.... (Varios señores: No, no. Otros: Sí, sí.)

El señor PRESIDENTE: Orden, señores diputados. Sr. Echeverría, llamo á V. S. al orden por primera vez.

El Sr. ECHEVERRÍA: Aquí ha habido una discusión á propósito de unas palabras del Sr. Castelar, que en el fondo venían á decir lo mismo que digo yo ahora. Tenemos el derecho de preparar la reforma de la Constitución, porque no está cerrado el período constituyente. (Varios señores diputados: Sí, sí.)

El señor PRESIDENTE: Llamo á V. S. al orden por segunda vez.

El Sr. ECHEVERRÍA: Quisiera saber en qué he faltado al reglamento y á la Constitución; porque este punto interesa á todas las minorías antidinásticas que están aquí, y nos conviene que quede perfectamente aclarado hasta dónde llega nuestro derecho y qué se entiende por.... (Aplausos en los bancos de la izquierda.)

El señor PRESIDENTE: Orden. Llamo á V. S. por tercera vez al orden, y voy á hacer una propuesta al Congreso. Ruego á S. S. que se sienten.

Señores, el diputado que acaba de hablar incurrir en un grave error, porque yo no creo que intencionalmente quisiera faltar á la Constitución del Estado. La Constitución del Estado puede reformarse: en la Constitución del Estado se establece este artículo, porque los tiempos pueden mudar las opiniones y pueden enseñar inconvenientes en los preceptos constitucionales que se consignaron con el mejor propósito. Aun cuando la intención de los autores de la Constitución, al declararla susceptible de reforma de esa manera, no fuese la de que se alterase la forma esencial del Gobierno, pueden pensar los señores diputados que hasta ese punto se puede entender el derecho de proponer que unas Cortes Constituyentes alteren la Constitución.

Lo que no pueden hacer los señores diputados, lo que no puede hacer el Congreso, lo que no puede hacer legítimamente nadie en España mientras la forma de Gobierno constitucional sea la monarquía hereditaria, es discutir la dinastía, es increpar la dinastía (Varios señores diputados: muy bien, bien); y habiendo hecho así, y habiendo manifestado esa intención el diputado á quien he llamado por tercera vez al orden propongo al Congreso se sirva acordar que se le retire la palabra en esta sesión. (Varios señores diputados: muy bien, muy bien. Algunos otros piden la palabra.)

El señor SECRETARIO (Merelles): ¡Acerda el Congreso retirar la palabra en esta sesión al Sr. Echeverría? (Momentos de confusión. Muchos señores diputados reclaman á la vez la palabra, pronunciando algunas que no pueden percibirse bien, entre ellos los Sres. Figueras, Soler, Díaz Quintero, Echeverría y Morayta. Otros reclaman que la votación sea nominal.)

El señor PRESIDENTE: Orden, señores: se procede á la votación nominal que han reclamado varios señores diputados. (Se retiran del salón muchos señores de los bancos de las minorías, manifestando el Sr. Morayta que lo hacían únicamente para tomar parte en la votación.)

Terminada la votación, se acordó retirar la palabra al Sr. Echeverría por 457 votos contra 40.

Dijeron sí todos los individuos de la mayoría, y no los siguientes:

Barca.—Marqués de Santa Cruz de Aguirre.—Miranda.—Hazañas.—Bierna.—Sanjurjo.—Quirós.—Romero Ortiz.—Rios Rosas.—García Ruiz.

Total, 10.

El Sr. DIAZ QUINTERO: Pido que se lea el artículo 26 del reglamento.

Se leyó, y decía así:

«Corresponde asimismo á los secretarios declarar y publicar el resultado de las votaciones de las Cortes.»

El señor PRESIDENTE: La mesa debe declarar que no ha oído al señor diputado de que se trata pedir la palabra. Por consiguiente, ha procedido á proponer al Congreso lo que crea conveniente. Algunos señores diputados que tenían más presente ese artículo, en nombre suyo ó en favor del diputado que tenía el derecho, han pedido la palabra; y como el reglamento no se la concede, el presidente se la ha negado.

El Sr. DIAZ QUINTERO: He pedido la palabra para suplicar á la mayoría que no se deje llevar de arrebatos. Antes de que se procediera á la votación pedi la lectura de ese art. 26, porque oí al Sr. Echeverría pedir la palabra, y dije: la Cámara va á incurrir en una injusticia chocante y en una infracción notoria del reglamento.

El señor PRESIDENTE: Suplico á S. S. no entre en comentarios y no impugne lo acordado por el Congreso. D-bio decir á S. S. que si ese señor diputado hubiera pedido la palabra antes de empezarse la votación, yo se la hubiese concedido.

El Sr. DIAZ QUINTERO: La verdad es que no se ha permitido explicarse á un diputado....

El Sr. REIG: Pido que se lea el art. 20 del reglamento.

Se leyó, y decía así:

«Los vicepresidentes ejercen en su caso las mismas funciones que el presidente.»

El Sr. REIG: Recomendó este artículo á los señores diputados para que lo aprendan de memoria.

El Sr. ECHEVERRÍA: Pido la palabra para dar una explicación.

El Sr. RIOS ROSAS: Pido que se lea el artículo 44 del reglamento, particularmente en su segunda

parte, porque me parece pertinente al caso en que nos hallamos.

Dice la segunda parte de ese artículo: «Pero si hecha esta pregunta (esto es, después de la pregunta, y aun después de la votación) pidiere el diputado la palabra....»

Me parece, pues, que el señor diputado interesado usa de su derecho pidiendo la palabra para justificarse, como supongo.

En este concepto pido y ruego al señor presidente que en uso de su imparcialidad, reconocida por mí y por toda la Cámara, se sirva hacer observar el artículo del reglamento.

No diré más, aunque lo desearía, porque abusaría de mi derecho si me extendiese á hablar del aborrecible incidente que ha ocurrido esta tarde, y si hubiese de exponer las razones que por la primera vez en mi larga vida parlamentaria me han asistido para no votar, con tanto sentimiento mío, en una cuestión de orden y de prerrogativa del presidente en sentido afirmativo. Podrá haber alguna otra ocasión de hacerlo para acreditar mi opinión y el respeto que debo al señor presidente.

El señor PRESIDENTE: Yo creo que no he tenido la fortuna de que me haya oído el Sr. Rios Rosas; pero debo comprender, conociendo perfectamente lo que dispone el reglamento, que si el señor diputado de que se trata hubiese pedido la palabra para dar una explicación, se la hubiera dado con mucho gusto; pero ese señor diputado, ó no tenía presente ese artículo del reglamento, ó por el estado de excitación en que se encontraba no pidió la palabra cuando se hizo la propuesta al Congreso: la pidiéron otros varios señores diputados que no tenían derecho según el reglamento, y por eso no se les concedió.

Por lo demás, la apelación que el Sr. Rios Rosas ha hecho á la imparcialidad de la presidencia me parece que podrá estar justificada, aun cuando á falta de otras cualidades no me puede negar nada esa. Yo no puedo ahora después de la votación conceder la palabra como la pide ese señor diputado; pero lo que puedo hacer es consultar al Congreso. Si el Congreso cree conveniente oír á ese señor diputado, por mi parte estaré dispuesto á darle la palabra, siempre que en su contestación lo haga con moderación y con templanza.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores diputados, un suceso reciente puede que en concepto de algunos me haya venido á quitar parte de la consideración que debiera tener con mis compañeros los diputados para recomendarles hoy la calma, la moderación y la prudencia; pero sea lo que quiera, estoy en este puesto por la voluntad del rey, y porque cuento hasta ahora con la confianza de las Cortes; y mientras esto suceda he de procurar cumplir con mi deber.

La mala costumbre que se ha introducido aquí de alborotar, no digo quién, todos, algunos, los que sean; la mala costumbre de interrumpirse unos á otros, y los gritos en que se prorrumpe, y la confusión que aquí se ve con demasiada frecuencia, han podido ser causa de que el señor presidente no oyera al Sr. Echeverría, si es que ha pedido la palabra; que yo tampoco lo he oído. (Varios señores diputados: Si, sí. Otros: No, no.)

Yo no niego que lo haya oído todo el mundo; pero yo no lo he oído. Yo creo que el señor presidente ha cumplido con su deber; pero yo creo que nosotros tenemos también el deber de oír al Sr. Echeverría. Yo creo, y perdóneme los señores de la oposición, yo creo que ciertas cuestiones se han traído aquí antes de tiempo, se han traído sin deberse traer; pero pudesdno ó no traer, ha sido fuera de tiempo, porque hoy no se puede tratar, porque no tenemos Congreso. Por consiguiente la cuestión es que ciertas materias, ciertos puntos de debate no pueden resolverse estos Cuerpo porque esta es una junta de señores diputados electos: quien puede decidirlos y resolverlos en su día es el Congreso ya constituido.

Yo creo que los señores que tienen ese por ósito, y que en todo caso inician la cuestión antes de tiempo, pierden terreno con eso, lo digo indignamente; pero, señores, que si estas cuestiones se dejaran intactas para el debate de contestación al discurso de la Corona ó para una proposición que no hay inconveniente en presentar, llegarán mas integras, mas oportunas, y darían el resultado mas terminante, mas patriótico y mas decisivo.

Pero sea de ello lo que quiera, yo ruego encarecidamente al señor presidente; yo ruego también de la misma manera á los señores de la mayoría, que oigan al Sr. Echeverría, á quien no tengo el honor de conocer más que de vista. Yo ruego que tengan la moderación que yo he tenido en esta ocasión, aunque en otras me haya alacorado, y declaro que siempre el que se altera hace mal; que no traigan las cuestiones fuera de tiempo, porque todos estamos aquí dispuestos á cumplir con nuestro deber y á estar firmes en nuestro puesto y en nuestro propósito.

El Sr. RIOS ROSAS: Debo solo decir, en respuesta á las benevolas palabras que me ha dirigido el señor presidente, que he estado muy lejos de mi ánimo el dirigir ningún género de censura á la conducta de S. S. Lo que yo me propuse en las pocas palabras que antes pronuncié, y en que insisto ahora, á pesar de que no lo considero necesario después de haber oído las del señor presidente del Consejo de ministros, y haber observado el sentido en que la mayoría las ha acogido, es que aun después de hecha la pregunta, y aun después de hecha la votación, permite y aun acaso manda el reglamento dar la palabra al diputado interesado.

El señor PRESIDENTE: Estamos de acuerdo. Yo he dicho que por mí solo no quiero resolver esa cuestión habiendo votado el Congreso; pero que iba á proponer á este si tenía por conveniente oír, aun después de la votación, al señor diputado que había tenido el derecho de hablar antes de la votación, y para esto no necesitaba reglamento. Para mí el reglamento no puede ser más eficaz que las palabras pronunciadas por el señor presidente del Consejo de ministros. Por lo demás, sostendré lo que he dicho al Congreso al tiempo de proponer esa grave resolución, y la mantengo por ahora, para después y para siempre.

El Sr. Echeverría tiene la palabra para explicar aquellas por las cuales ha sido llamado al orden y ha recaído la resolución del Congreso que conoce S. S.

Consultado el Congreso, se acordó conceder la palabra al Sr. Echeverría.

El Sr. ECHEVERRÍA: Cuando el señor presidente me llamó al orden por tercera vez pedi la palabra. Su señoría no me oyó; pero el secretario Sr. Morayta, que estaba al lado de S. S., puede dar fe de que la pedi. Con arreglo á reglamento, antes de empezar la votación ó después de hecha, se debe oír al diputado para dar las explicaciones convenientes: esta es mi opinión.

Diré además al señor presidente del Consejo de ministros que yo no he provocado aquí ese incidente. Fué el Sr. Alonso Colmenares el que lo provocó diciendo que los carlistas no podíamos hablar aquí de ningún rey que no fuera el que se sienta en el trono. Yo me levanté á protestar contra esas palabras y á decir que la Constitución era reformable en todas sus partes, y que teníamos el derecho de pedir en su día su reforma.

Yo no sostengo que la justicia en abstracto sea lo que digan las mayorías, aunque acate la ley. Yo no me opondré á que aguardemos la ocasión de tratar esas cuestiones; pero creeré siempre que la Constitución está sobre los votos de la mayoría; y respetando la ley, me reservo mi opinión sobre la justicia de la resolución legal.

El señor presidente del Consejo ha venido á darme la razón diciendo que no es tiempo de tratar esas cuestiones.

Por eso no debía haberlas provocado un individuo de la mayoría; y por eso me he levantado yo á protestar contra las palabras del Sr. Alonso Colmenares. Yo en otra ocasión le voy las pronunciadas aquí por el Sr. Olázaga, y aplaudi las relativas á la legitimidad de ciertos principios: yo le doy las gracias ahora por la tolerancia con que me ha escuchado.

El señor PRESIDENTE: Debo consignar ciertos hechos: primero, que el presidente y tres secretarios no han oído á S. S. pedir la palabra, aunque creen de muy buena fe que la pidió, y basta que lo diga S. S.; segundo, que nadie hasta después de empezada la votación me hizo saber que S. S. deseara tomar la palabra; tercero, que el presidente no ha profesado nunca ni ha podido por consiguiente emitir las opiniones que S. S. le atribuye en la discusión de la Constitución, y tiene tiempo S. S. para ahora y mientras viva de buscar los Diarios á ver si he dicho nada que pueda servir de fundamento á esa opinión; cuarto, que S. S. ha dado una explicación que puede atenuar su falta, la de creerse provocado. (Varios señores diputados: Faltó, no.) El Congreso lo ha declarado así. ¿Cómo he de llamar yo á eso? ¿Diré que es un mérito? ¿Hay quien tal cosa diga? Pues envidioses el Congreso volverá á votar lo mismo.

A S. S. le he llamado al orden, y repito que me costaba trabajo hacerme oír: S. S. dice que estaba alacorado, y yo exco este calor. Por lo demás, el presidente al proponer al Congreso su resolución fijó el motivo gravísimo en que debía apoyarse para retirarle la palabra; y ese fundamento subsiste, y subsiste, como he dicho antes, para el Congreso no constituido; y en cuanto á mí me sea lícito decir mi opinión como diputado, ese fundamento para el Congreso constituido, y para siempre (bien, bien); y proceden con error muy grande los que creen que mientras España sea monárquica, que mientras Cortes Constituyentes no declaren abolida la monarquía, pueden discutir aquí la dinastía; ya pueden retirarse los diputados que vengan con esa intención; aquí estoy yo, que no se la dejaré llevar adelante. (Aplausos en la mayoría.)

Por lo demás, yo aplaudo la buena intención con que S. S. h querido mostrarme los motivos de equivocación que he tenido.

El Sr. SOLER: Pido que se lea el art. 100 de la Constitución, el 4.º de las disposiciones transitorias y el art. 32.

El Sr. ROMERO ROBLEDO: He pedido la palabra para pedir la lectura de un documento.

El señor PRESIDENTE: Para eso tendrá S. S. la palabra como todos los señores diputados: que la pidan con igual objeto; pero no para comentar los documentos cuya lectura se pida. Puede por consiguiente S. S. pedir la lectura de lo que tenga por conveniente.

El Sr. ROMERO ROBLEDO: Pido que se lea la parte de la sesión en que siendo presidente el Sr. Rios Rosas á mí se me retiró la palabra. Allí se vera la conducta de las oposiciones de entonces comparada con las de ahora.

El Sr. GOMIS: Pido la palabra para que se lea el art. 45 del reglamento. Se leyó, y decía así:

«Si se profiriese alguna expresión mal sonante, ofensiva á algún diputado, este podrá reclamar luego que concluya de hablar el que la proferió; y si este no satisface á las Cortes ó al diputado que se creyese ofendido, mandará el presidente que se escriba por un secretario; y si hubiese tiempo se deliberará sobre ella aquel mismo día, y si no se dejara para otra sesión, acordando las Cortes lo que estimen conveniente á su propia decoro y á la unión que debe reinar entre los diputados.»

El Sr. GOMIS: Ruego al señor presidente y al Congreso que escuchen con benevolencia lo que voy á decir.

El señor PRESIDENTE: Sr. Gomis: sé á lo que se refiere S. S. Cuando un diputado dice algo sin estar en el uso de la palabra, es como si no lo dijera; eso no se consignaba en el Diario ni en el Extracto; son palabras que el Congreso no ha oído.

El Sr. MORAYTA: Estando en la mesa junto al señor presidente oí distintamente al Sr. Echeverría pedir la palabra en los momentos en que el señor presidente le llamaba al orden: se lo indiqué así varias veces al señor presidente; pero como el ruido que armaba la mayoría el señor presidente no me oyó, distraído como estaba con las interrupciones tan incalificables de esa misma mayoría. Digo esto para que se sepa que en la mesa se oyó pedir la palabra al Sr. Echeverría, y que sin embargo el presidente no pudo aprehender de esto ni de mis indicaciones hasta ya comenzada la votación. Yo, señores, no podría creer nunca que aquí se tratase de coartar la libertad de un diputado.

El señor PRESIDENTE: Tengo el gusto de ver confirmado plenamente por el Sr. Morayta lo que he dicho antes.

El presidente y tres secretarios no han oído pedir la palabra al diputado á quien se le llama al orden. El Sr. Morayta lo ha oído y me lo ha dicho; pero yo se lo he oído cuando estaba empezada la votación.

Es fortuna en estas circunstancias que todos los individuos de la mesa estén completamente conformes, estén perfectamente acordes. Vuelvo á decir que queda terminado completamente este incidente.

Se va á leer el documento que se ha pedido por un señor diputado.

El señor secretario Merelles leyó el discurso del Sr. Romero Robledo sobre el acta de la Bafesa, en que el Sr. Romero Robledo fué llamado al orden por tres

Yo pregunto: ¿qué género de analogía hay entre aquel suceso y este? La cuestión de entonces era la de un diputado de querer interrumpir la orden del día a su voluntad: el presidente no había quitado la palabra al diputado, no le había llamado a la cuestión ni al orden, no le dijo nada: el diputado quería que se discutiese una cosa que no estaba puesta a discusión. ¿Es esto lo que ha sucedido hoy? Cuaquiera que sea el juicio que se forme de lo que en esta Cámara ha sucedido hoy, hay punto de comparación. Hoy un señor diputado en uso, ó con abuso de su derecho, ha tocado una cuestión que había tocado antes, según me ha referido, porque yo no me había presente, otro señor diputado.

El presidente, en uso de sus atribuciones, ha estimado lo que le ha parecido conveniente y ha llamado al orden al diputado. Lo ha llamado al orden porque el diputado quería que el Congreso deliberase sobre un asunto que no estaba a la orden del día. No: lo ha llamado al orden por lo que el diputado decía; lo ha llamado al orden por la manera con que el diputado discutía. ¿Es esta la analogía descubierta por el precioso talento del Sr. Romero Robledo?

Dicho esto, seame lícito insistir con completo respeto, con el respeto que yo he consagrado siempre en 30 años de vida pública al que se ha sentado en ese sitio, sea el que fuere, con el respeto particular que me merece la larga vida y la autoridad del dignísimo señor presidente que en este momento lo ocupa; seame lícito decir, terminado el incidente por fortuna, para decoro y dignidad de la Cámara, que yo entiendo el reglamento de diverso modo que el señor presidente; que el reglamento dispone expresamente, y lo dispone con razón por consideraciones óbvias, que hecha la pregunta, si el diputado pidiera la palabra para excusarse, le sea concedida, después de hecha la pregunta: es textual el párrafo segundo del art. 44 del reglamento; después de hecha la pregunta, lo he visto practicar así cien veces.

Vease la razón, entre otras, por qué con dolor mío por la primera vez de mi vida he votado contra la pregunta del señor presidente en una cuestión de orden.

Las otras razones que me han asistido serían muy largas de exponer: las otras razones que se alcanzan muy bien al señor presidente, que ha presidido esta Cámara en otros días; se le alcanzan al Gobierno, que ha escrito el discurso de la corona; se le alcanzan al presidente del Consejo de ministros, que ha hablado aquí en cierto sentido hoy y otros días, y cuando se dan ciertos ejemplos, las faltas que ellos produzcan no ofrecen cuando menos circunstancias atenuantes. Y no digo más: he concluido.

El señor PRESIDENTE: Antes de dar la palabra al Sr. Romero Robledo debo dar las gracias al Sr. Ríos Rosas por la manera con que ha honrado el nombre del presidente y por su respeto al que ejerce esta dignidad; pero S. S. ha padecido una equivocación. Yo entiendo el reglamento lo mismo que S. S.; yo he declarado no una, sino varias veces, conmigo tres señores secretarios, y el cuarto está conforme en el hecho, aun cuando particularmente no apruebe nuestra conducta, que no se dio la palabra al diputado que la pidió porque no hemos oído que la pida; que de haberlo oído, yo entiendo el reglamento como el Sr. Ríos Rosas, y hubiera hecho lo mismo que S. S. dice.

El Sr. RÍOS ROSAS: Yo oí al Sr. Echeverría pedir la palabra con anticipación, y no es extraño que no lo oyese el señor presidente; pero yo me fundo en eso, y digo que hecha la pregunta todavía si el diputado pide la palabra para explicarse, se le debe dar: esto es lo que digo que se deduce del párrafo segundo del art. 44 del reglamento.

El señor PRESIDENTE: Yo suplico al Sr. Ríos Rosas que tenga la bondad de contestarme, porque para mí sería un sentimiento, crearía ocupar indignamente este puesto si no entendiera el reglamento.

Decía el Sr. Ríos Rosas que después de hecha la pregunta y la votación se debe dar la palabra al diputado que la pide en el caso en que se encontraba el Sr. Echeverría: si S. S. cree eso, no aprecio de la misma manera el reglamento; y siento muchísimo disentir de una opinión tan respetable como la de S. S.

El Sr. RÍOS ROSAS: Esta es cuestión de apreciación. No extrañen los señores diputados de la mayoría que conteste al presidente que me interpela.

En el caso concreto de que nos ocupamos pueden ocurrir varios casos. El primero es que hecha la pregunta, y antes de que la votación, el interesado pida la palabra, que creo que es lo que ha sucedido aquí; porque a mi juicio, si mi oído no me ha engañado, el Sr. Echeverría ha pedido la palabra repetidas veces; la primera antes de ser llamado al orden por tercera vez; la segunda en el acto de ser llamado al orden por tercera vez; y la tercera después de hecha la pregunta. Pues bien: a mi juicio el Sr. Echeverría, después de hecha la pregunta, tenía un derecho perfecto a ser oído antes de proceder a la votación: esto es lo que no se ha hecho, y con esto basta para que se hubiera cumplido el reglamento; de lo cual resulta que respetando yo mucho la autoridad del señor presidente, al ver el reglamento infringido y violado el derecho del diputado, he tenido que votar en contra.

Pero todavía digo más, y esto confieso que es más opinable: después de la votación, y con audiencia del Congreso, el diputado que pide la palabra para excusarse debe ser oído y lo ha sido siempre: este es el sentido del reglamento.

El señor PRESIDENTE: Entiendo el reglamento lo mismo que el Sr. Ríos Rosas, y me alegro de saber el por qué ha votado negativamente. (El Sr. Ríos Rosas: Uno de los porqués.) Sea uno, pero al fin el principal: S. S. ha votado negativamente porque sabe que el diputado había pedido la palabra y tenía derecho para ello; quizás faltándole eso por qué no hubiera votado contra el presidente, a quien con tanta bondad y tan inmerecidos elogios ha tratado; y me alegro tanto más, cuanto que veo que la mesa ha pensado como S. S., aun después de hecha la votación, puesto que no creyéndose autorizada cuando ya el Congreso había votado, ha propuesto al Congreso que se oyesse al Sr. Echeverría.

Me alegro, repito, de esta conformidad; y vamos otra vez al acta de Tudela.

El Sr. ROMERO ROBLEDÓ: Ya sabéis, señores, las simpatías que inspiro al Sr. Ríos Rosas; yo me felicito mucho de ellas; aunque S. S. a pesar de su grande y sublime talento, no haya podido adivinar para qué he pedido la lectura de un documento.

No quiero hacerme cargo de las palabras de sorpresa, de iniquidad, y otras de S. S.: son la reprobación amorosa de un padre a un hijo.

Lo que entonces se discutía, como ahora, es la autoridad del presidente, que puede llamar al orden tres veces a un diputado y consultar luego a la Cámara. Si entonces no se estaba dentro de la cuestión, tampoco ahora.

No se resolvía entonces ni ahora sino el respeto a las facultades del presidente. Yo, individuo de una minoría, me sometí a la resolución lo mismo que mis colegas: no nos salimos de aquí en tumulto, en ruido, en algarazas; nos sometimos humildemente a lo que resultara. El resultado fue contrario al que hoy se ha visto; pero yo, por respeto al Sr. Ríos Rosas, antes que se leyera eso dije: basta.

El Sr. RÍOS ROSAS: Es decir, que S. S. reconoce que entonces tuvo razón el presidente al sostener sus facultades.

El Sr. ROMERO ROBLEDÓ: Lo he reconocido siempre.

El Sr. CANGA ARGUELLES: Pido que se lea el discurso del Sr. D. Salustiano Olózaga, página 2,044 del Diario de Sesiones del 69 al 71.

El señor secretario Morayta leyó este discurso, en que se hablaba de la necesidad de extender la educación del pueblo para que contando con la libertad absoluta del pensamiento y de la palabra pueda ser digno de esa forma de Gobierno que el Sr. Olózaga dijo no elogiaba ahora para el porvenir, sino que la había elogiado cuando se trató de la expedición de Méjico.

(Al terminar la lectura aplaudió estrepitosamente la mayoría.)

El señor PRESIDENTE: Este discurso, que pasará regularmente cuando lo pronuncie ante la legión de los diputados, ahora no sé por qué ha producido aplausos.

El señor diputado pidió que un señor secretario leyera un trozo de un discurso mío, señalando hasta el punto en que se ha interrumpido la lectura; pero si S. S. quiere que se lea algo más, tiene derecho para pedirlo.

El Sr. CANGA ARGUELLES: No señor; basta con eso, y doy las gracias a S. S. por su benevolencia; pero al mismo tiempo tengo que pretender....

El señor PRESIDENTE: Nada más: no tiene usía la palabra y le doy las más expresivas gracias porque ese pobre discurso mío, que cuando lo pronuncié pasaría desapercibido y entre la indiferencia de mis compañeros, ahora no sé por qué ha obtenido muestras de aprobación que está muy lejos de merecer.

El Sr. CANGA ARGUELLES: Pido la palabra.

El señor PRESIDENTE: No hay palabra.

El Sr. REIG: Pido que se lea el art. 20 del reglamento.

El señor SECRETARIO (Merelles): El art. 20 dice así:

«Los vicepresidentes ejercen en su caso las mismas funciones que el presidente.»

El Sr. CANGA ARGUELLES: Señor presidente, pido la palabra.

El señor PRESIDENTE: No tiene V. S. la palabra: estamos interrumpiendo la orden del día.

El Sr. SORNI: Pido la palabra para pedir que se lea un documento.

El señor PRESIDENTE: ¿Qué documento quiere V. S. que se lea?

El Sr. SORNI: Pido que el señor presidente mande leer las cuartillas en que están las palabras dichas por el Sr. Romero Robledo a continuación de haber pedido la lectura de un documento para que se vea que usó luego de la palabra.

El señor PRESIDENTE: No se puede interrumpir la orden del día. El Sr. Soler tiene la palabra en pró del voto particular que ha suscrito.

El Sr. CANGA ARGUELLES: Aquí no hay reglamento, aquí no hay presidente. (Protestas en los bancos de la mayoría: murmullos, interrupciones.)

El señor PRESIDENTE: Orden. El Sr. Soler tiene la palabra. ¿Empezará V. S. a hacer uso de ella?

El Sr. SOLER: Cuando se me oiga hablar. Cuando V. S. cumpla con su deber, haciendo guardar silencio, empezaré yo a apoyar mi voto particular.

El señor PRESIDENTE: El presidente cumple con su deber: cumple con el reglamento, y guárdese su señoría mucho de increpar al presidente.

El Sr. SOLER: Yo no puedo hablar cuando no se oye.

El Sr. CASTELAR: Pido la palabra.

El señor PRESIDENTE: Va a empezar a usar de la palabra el Sr. Soler. ¿Para qué la pide V. S.?

El Sr. CASTELAR: Es sobre este mismo asunto.

El señor PRESIDENTE: Usará V. S. de la palabra cuando concluya el Sr. Soler.

El Sr. CASTELAR: Pido que se lea el art. 105 del reglamento.

El señor PRESIDENTE: Se leerá cuando termine el orador.

El Sr. SOLER: Comienzo por felicitar al Sr. Olózaga por los aplausos que ha merecido su discurso, y antes de entrar a discutir el voto particular....

El Sr. CASTELAR: Pido la palabra: Pido que se lea el artículo 105 del reglamento.

Se leyó, y decía así:

«Si durante una discusión se hiciese alguna proposición incidental, las Cortes la tomarán ó no en consideración, y acordarán lo que juzguen oportuno.»

El señor PRESIDENTE: Estamos en la discusión del acta de Tudela.

El Sr. CASTELAR: Suplico a S. S....

El Sr. GALVEZ CAÑERO: Que se lea el art. 32 del reglamento.

Se leyó, y decía:

«Cuando se pidiera a las Cortes autorización para proceder contra un diputado, resolverán lo que estimen oportuno, oyendo a una comisión nombrada por el método ordinario; pero sin la instrucción previa que previene el art. 64.»

El Sr. SOLER: Renuncio la palabra.

Puesto a votación el voto particular, no fué tomado en consideración.

Abierta discusión sobre el voto de la mayoría, que proponía la admisión del Sr. Alonso Colmenares por el distrito de Tudela, dijo

El Sr. DIAZ QUINTERO: Se va introduciendo aquí una costumbre que va a desacreditar el sistema parlamentario. No parece sino que se trata de impedir a los diputados que hacen uso de su derecho.

El señor PRESIDENTE: Se trata del acta de Tudela.

El Sr. DIAZ QUINTERO: Si, señor, del acta de Tudela, y de las cosas que han pasado en su discusión.

Observo que hay un diputado que pide a cada momento la lectura de un artículo del reglamento que prohíbe hablar sin haber pedido primero la palabra. Yo sostengo que el decir pido la palabra ó que se lea la cosa es hablar en el sentido del artículo.

Hay, señores, un voto de censura contra la mesa. El señor PRESIDENTE: Nadie tiene más interés que yo en que eso se trate; pero ahora se discute el acta de Tudela, y no se puede hablar de otra cosa.

El Sr. DIAZ QUINTERO: Pues bien; yo creo que tiene precedencia la proposición incidental; pero me interesa hacer constar que cuando el señor presidente llamó por primera vez al orden al Sr. Echeverría pido yo la lectura del art. 26, y S. S. se opuso siempre a que se leyera.

Convézase S. S. de que las minorías nunca se sulfuran ni se irritan sino cuando se viola su derecho.

El señor PRESIDENTE: Discuta S. S. el acta de Tudela, ó le llamo al orden por primera vez.

El Sr. DIAZ QUINTERO: Llámeme V. S. cuando quiera al orden, porque yo estoy en mi derecho, y nunca me exalto sino cuando se viola. Dicho esto, me siento.

Consultado el Congreso, quedó aprobada el acta de Tudela, y admitido el Sr. D. Eduardo Alonso Colmenares.

El Sr. GALVEZ CAÑERO: Que se lea el art. 32 del reglamento. (Se leyó.)

(El Sr. Olózaga dejó la silla de la presidencia, que fue ocupada por el Sr. Herrera.)

El Sr. PENEULAS: En virtud de este artículo, creo que es el juicio de la Cámara quien debe decidir si esta proposición está en el caso de las cuestiones graves ó no....

El señor PRESIDENTE: El artículo se refiere a proyectos y proposiciones de ley. La mesa cree, como más interesada en la discusión de todo lo que pueda afectarle, que lo que procede es la lectura de la proposición.

Se leyó la proposición, que decía así:

«Los diputados que suscriben, considerando que la conducta seguida por el señor presidente ataca al título 1.º de la Constitución, el cual consagra la libre emisión del pensamiento y la legalidad de todos los partidos; desconoce la inviolabilidad del diputado y la libertad de la tribuna, y destruye los derechos parlamentarios y la facultad omnímoda de deliberar, y mina el reglamento, ruegan a la Cámara se sirva dar un voto de censura al señor presidente.»

Madrid, 29 de Abril de 1871.—Emilio Castelar.—Sañudo.—Peregrino.—Manuel Bes Hediger.—B. Lostau.—E. Pérez de Guzmán.—Fernando Garrido.

El Sr. CASTELAR: Dileme, señores diputados, una discusión sobre la autoridad del señor presidente, a quien respeto, como respeto todas las autoridades electivas; una discusión sobre la persona del señor presidente; a quien admiro, como admiro a todos los grandes oradores. Pero yo no puedo callar cuando se trata de los derechos individuales, sin los que desaparece por completo la personalidad humana. Yo no puedo callar cuando se trata del libre cumplimiento de nuestro mandato, sin el cual es una le-

tra muerta la soberanía del pueblo. Yo no puedo callar cuando se trata de la libertad de la tribuna y la inviolabilidad del diputado, sin los cuales son estas Asambleas sombras, y nada más que sombras del antiguo absolutismo.

Un señor diputado ha dicho que ciertos representantes del pueblo usen su nombre y d-fienden sus ideas contrarias a la dinastía reinante, en virtud de la excesiva tolerancia de la mayoría. Y como los diputados no estamos aquí en virtud de ninguna tolerancia, sino en virtud de nuestro derecho; y como no ejercemos la libertad de hablar por complacencias de nadie, sino por la facultad sagrada de nuestra conciencia; señores, de admitir ese dicho, que parece sancionado por las interrupciones del digno presidente al orador que lo discutía y lo negaba, seríamos minorías indignas, y estos cuerpos ceros y se pudren cuando no es clara y evidente la dignidad de todos sus miembros.

El derecho de las mayorías principalmente es votar, es decidir; pero el derecho de las minorías principalmente es deliberar, es discutir. Si las deliberaciones no son completamente libres, las leyes nacen completamente muertas. Y al negar a las minorías el derecho de deliberar, os negáis insensatamente, diputados de la mayoría, a vosotros mismos el derecho de decidir y legislar.

Pero, hay algo todavía más fundamental. Heris, hiriendo el derecho de las minorías, el tit. 1.º, que es el título fundamental de la Constitución del Estado. Por este título, que consagra los derechos individuales, todas las ideas son libres, todos los partidos son legítimos mientras no apelen a la fuerza y a la violencia.

Y si fuera de aquí todas las ideas son libres y todos los partidos legales, dentro de este recinto son sagrados, son inviolables, porque representan parte integrante de toda la sociedad, y vienen a ser como órganos indispensables a la soberanía de la nación. Sería de ver que pudieran existir periódicos republicanos ó carlistas; clubs carlistas ó republicanos; electores republicanos ó carlistas, y no pudieran existir aquellos que representan el resultado legal de tan opuestas, pero de tan necesarias aspiraciones: diputados republicanos y carlistas. Habría entonces ¡oh contrasentido! menos libertad en las Cortes que en los clubs.

Volvemos entonces a los tiempos funestos en que se borraba el nombre democrático en la cabeza de un periódico por caprichos de autoridades arbitrarias. Volvemos a los tiempos en que se negaba la legalidad de un partido. Volvemos a los tiempos en que se denunciaba nuestro programa, y después de absoluto se volvía a denunciar, desconociendo hasta el derecho de los tribunales. Volvemos a los tiempos en que se expulsaba de las reuniones electorales al partido democrático, lo cual engendraba el amañador retraimiento. Para repetir sus errores, ¿por qué habéis lanzado del trono la antigua dinastía?

Es axioma de la democracia, que deben repetirse en las Asambleas nacidas del sufragio universal las diversas aspiraciones que en la sociedad existen. Y así como el tiempo tiene tres términos, el y el universo tres fuerzas, y el entendimiento la tesis, la antítesis y síntesis, la sociedad tendrá siempre tres partidos fundamentales, y querer prescindir de alguno de ellos es tan contrario al equilibrio de la sociedad, como sería contrario el prescindir de las fuerzas centrifugas y centrípetas al equilibrio del universo.

Los derechos individuales no son fines, son medios de expresar con libertad todas las opiniones y llevarlas legítimamente a todas las esferas del poder. Los electores tienen derecho a pedir a sus diputados, y los diputados derecho a pedir al Congreso por los medios legítimos y constitucionales la destitución de la dinastía de Saboya.

El señor PRESIDENTE: V. S. no puede insistir en la emisión de ideas que la Cámara ha declarado ya indiscutibles. Es reiformable la Constitución; pero por los medios que ella establece. Mientras no esté reformada hay que respetarla en todo; y la presidencia, interpretando así un voto solemne de la Cámara, la hará respetar.

El Sr. CASTELAR: Cabalmente esta es la cuestión que se discute. Si S. S. la decide, no tengo nada que hacer. Si yo no puedo cumplir el mandato que los electores me han confiado, me retiraré de esta Cámara.

El señor PRESIDENTE: La presidencia no priva a nadie de ningún derecho: quiere que se usen como la Constitución establece.

El Sr. CASTELAR: Apelo a la memoria del señor ministro de Estado, y me diga si el título 1.º de la Constitución es menos sagrado que el art. 33 y el acta adicional. Todos los artículos de la Constitución, todos son de igual jerarquía, porque todos son de idéntica prosapia, todos provienen sin excepción alguna del sufragio universal.

Si unos artículos son discutibles, todos deben ser reformables. Y si ninguno es discutible ni reformable, por salvar los referentes a la monarquía y a la dinastía de todo debate, entonces no hay reformas posibles, siendo esta una Constitución inmóvil, y no hay más partido legal que el partido dominante.

Señores diputados, lo que en las Cortes Constituyentes se sostuvo fué que todo es legítimo, monarquía, dinastía, representación nacional; pero lo ilegítimo, lo sagrado, lo que no podían negar ni las Cortes Constituyentes ni el pueblo entero es el derecho de discutir ese trono, esa Constitución, esa dinastía. Y tal derecho es el sagrado, el íntimo, porque es el derecho del pensamiento, que permanece eterno y luminoso sobre todos los poderes, é impulsa fuerte é incontrastable todos los tiempos. Si, el pensamiento humano es más inviolable y más sagrado que vuestra frágil dinastía. (Protestas en los bancos de la mayoría.)

No me intimida vuestra voicería. No me intimida jamás. He de decir y he de sostener mi pensamiento lo con toda la fuerza que me lo dicta mi conciencia. Los carlistas tienen derecho de pedir que se cambie la dinastía. Los republicanos tenemos derecho a pedir que se concluya con toda monarquía. Este derecho es superior a la Constitución y al rey. Deriva primero de mi naturaleza, después de mi mandato. Y si yo creyera que derivaba de vuestra tolerancia, no quisiera recibir ninguna merced cuando me asiste toda la justicia.

Después de votada la Constitución se suscitó en las Constituyentes un solemne debate sobre si nosotros podíamos continuar defendiendo nuestras ideas y usando nuestro nombre. Y se decidió que sí, que estábamos en nuestro absoluto derecho, derivado del título 1.º de la Constitución, que es el fundamento de los fundamentos del Estado. Nosotros, si, nosotros, pues, podemos discutir la monarquía y la dinastía.

El señor PRESIDENTE: Ni ahora ni nunca puede discutirse eso último; pero mucho menos ahora incidentalmente en un Congreso no constituido.

El Sr. CASTELAR: Yo no discuto ahora ni la monarquía ni la dinastía, sino la posibilidad de discutirla; el derecho que a discutirlas me asistirá siempre.

Hay aquí muchos diputados que no quieren el sufragio universal. ¿No es el sufragio universal más respetable que esta monarquía, pues que según vuestros principios es su padre? Pues bien: la oposición conservadora no puede pedir que se declare abolido el sufragio universal. Y si la oposición conservadora puede pedir que se declare abolido el sufragio universal, base de todas nuestras instituciones, yo puedo pedir que se declare abolido algo menos fundamental, menos sagrado, menos respetable: la monarquía y la dinastía.

El señor PRESIDENTE: Son reformables todos los principios de la Constitución; pero no lo es la dinastía, que es otra cosa que un principio. Se puede alterar la forma de gobierno y aun el principio de la Monarquía; pero mientras subsista el principio de elección, la persona que ocupa el trono, la dinastía no se puede discutir.

El Sr. CASTELAR: Permítame S. S. que le dirija algunas observaciones.

El señor PRESIDENTE: Puede V. S. continuar su discurso, pero no sostener un debate con la presidencia.

El Sr. CASTELAR: Decía yo que si los partidos conservadores pueden presentar una proposición contra la base de todas las instituciones, que es el sufragio universal, yo puedo presentar otra contra el art. 33; y mientras esa proposición no se formule, yo tengo derecho a intentar la propaganda noble, pacífica de mi idea, en todos los terrenos; pero especialmente en esta tribuna, que es, Sinal, donde relampaguea el espíritu del porvenir. Porque yo no puedo pedir una reforma sin cambiar antes la conciencia pública. Y yo no puedo cambiar la conciencia pública sino por medio de la propaganda; y la tribuna es el gran sitio de la propaganda, la gran lámpara donde se escriben las protestas contra los tiempos presentes y los ideales para los tiempos futuros.

La Iglesia es más sagrada en el pensamiento de los pueblos que la monarquía. Dios es más adorado que el rey. Para el pobre campesino en la Iglesia descansan las almas de sus padres y en la Iglesia brillan las esperanzas de su propia inmortalidad. Heris más el sentimiento de este pueblo discutiendo la Iglesia que discutiendo la monarquía. Y sin embargo, no podéis negarme, según la letra y el espíritu de la Constitución, el derecho a discutir la Iglesia. Pues si yo puedo discutir la Iglesia, que tiene por escudo 20 siglos de sagradas tradiciones, ¿no he de poder, señores diputados de la mayoría, discutir una institución mítica, una familia reinante, que solo tiene por escudo vuestra intolerancia y vuestra soberbia?

Esa no es cuestión reglamentaria. Esta es cuestión fundamental. Se trata de la libre emisión del pensamiento, se trata de la sagrada inviolabilidad del diputado. Yo os aseguro, señores, de la mayoría, que como estos derechos son anteriores y superiores a todo poder, sea cualquiera vuestro fallo, nosotros continuaremos discutiendo la Iglesia y el Estado, la monarquía y el monarca.

El señor PRESIDENTE: El monarca, no. La dinastía, no.

El señor ministro de Estado: Enérgicamente interrumpió por el Sr. Castelar, me levanto contra mi propósito a usar de la palabra; y lo haré brevemente, porque ni a mí se me alcanza, ni al Sr. Castelar tampoco, cuando lo mira sin pasión, en qué se relacionan los altos intereses del Estado con el voto de censura que ha presentado S. S. contra el digno presidente de la Cámara. No olvidemos que el Sr. Castelar ha apoyado una proposición de censura porque el señor presidente ha llamado al orden tres veces a un señor diputado, y ha propuesto a la Cámara que le prive de la palabra por esta sesión. ¿Qué tiene que ver esto con nada de lo que ha dicho el Sr. Castelar? Lo que S. S. quería no era tema para un discurso, sino pretexto para un discurso; y lo ha hecho fuera de ocasión, diciendo lo que tantas veces ha dicho y lo que podrá decir después, si tiene derecho para ello, cuando definitivamente constituida la Cámara pueda tratarse de otra cosa que de cuestiones de actas.

Un diputado de la mayoría ha dicho que ciertos diputados estaban aquí por la tolerancia de los liberales, y el Sr. Castelar quiere que ahora le den a su señoría una satisfacción por esas palabras del señor presidente y la Cámara. Por mucho que valga su señoría, y yo sé que es muchísimo lo que vale, no puede exigir esas explicaciones, que la Cámara y el señor presidente no pueden dar a nadie. Se dice que están aquí los carlistas por la tolerancia de los liberales; y qué duda tiene eso? (Rumores.) Veinte veces habéis dado motivo para ser exterminados; veinte veces habéis dado motivo para ir al presidio y a la muerte; y en vez de esto habéis sido objeto de uno y de otro acto de clemencia. (Rumores.) De clemencia ¡pidi esta palabra, aunque suene mal a vuestros oídos ingratos! Uno y otro acto de clemencia y de perdón han permitido a vuestros electores que voten, y a vosotros que vengaís a sentaros en estos bancos. (Grandes rumores en la izquierda y aplausos en la derecha.)

Parece, señores, que a propósito de estas palabras mías protestan los neo-carlistas. Entendiéndaselas con sus correligionarios, de los cuales yo espero que se harán perdonar el no haber asistido al campo a defender su candidatura y su bandera. (Algunos señores diputados piden que se escriban las palabras del señor ministro; el señor presidente llama al orden.) Que se escriban, no tengo inconveniente; para que se escriba y se lea lo que digo es para lo que yo hablo.

Pero ¿qué ha sucedido aquí? Que el señor presidente entendió que un diputado discutía lo que no debía discutir y le ha privado de la palabra. En esto no hay más que una cuestión reglamentaria, y tengan en cuenta la prudencia con que ha procedido el señor presidente.

Yo no sé si el artículo que se refiere a la reforma del reglamento podrá o no referirse al art. 33; pero de esto no se puede tratar ahora; y como no hay derecho para tratarlo por ningún diputado, no le puede haber para mí, que soy diputado y además soy ministro. Lo que no puede dudarse de ningún modo es que ahora, tratándose de una cuestión de actas en una junta de diputados, no puede tratarse de ningún modo de eso; y yo, que respeto tanto como el Sr. Castelar los fueros de la inteligencia, sostengo que no ahora, sino en todas las ocasiones, es injusto y es mal hecho traer a todo propósito cuestiones fundamentales y altos principios.

No voy, pues, los señores de enfrente a salirse de las vías legales; manténganse dentro de su derecho y sin traspasar sus límites, porque de otro modo, por más que el Gobierno lo sienta, tendrá que venir a su terreno y no quedará aquí más que la mayoría y el Gobierno y la Constitución, apoyados en el voto de la mayoría del país. (Grandes aplausos.)

El Sr. CASTELAR: Señores diputados, felicito a la mayoría por tanto aplauso y tanto entusiasmo. Yo he visto otras mayorías más entusiastas aun que abogaban toda vez, toda protesta contra otras dinastías, y que sin embargo las abandonaban en el día de sus desgracias, cuando más necesitaban del entusiasmo y del aplauso de sus cortesanos.

El señor ministro de Estado ha reducido esta gran cuestión a los diminutos términos de una cuestión de oportunidad reglamentaria. Sea en buen hora.

Háme echado en cara S. S. mi defensa de los derechos de un carlista. Igual reconvenimiento me dirigió al comienzo de las Cortes Constituyentes cuando yo pedía la libertad de los escritores carlistas que estaban en la cárcel.

Yo defiendo los derechos individuales siempre, los defiendo con más entusiasmo cuando los veo heridos en una persona distinta de mi persona; los defiendo con delirio cuando esa persona es un enemigo de la libertad, porque así conocerá la salvadora influencia de tan sublime principio; y ya que por algo no pueda ver la luz de la libertad, sentirá su beneficio y vivificante calor sobre los cerrados párpados del alma.

Yo no tengo rencores ni deseos de venganza. Yo he recibido profundas heridas por la libertad. Casi las agradezco, porque con ellas he probado mi incontrastable constancia en defender esta grande idea. Las generaciones predilectas de la historia no son las generaciones que gozan, sino las generaciones mártires, las generaciones que padecen por el progreso.

Concedámosle la cuestión. Un señor diputado dijo que solo por tolerancia podíamos llamarnos republicanos ó carlistas. El señor presidente pareció asentir a este juicio. Yo creo que en todo tiempo tenemos facultad para usar estos nombres.

Pero dice el señor ministro de Estado: «Vais a tratar de la cuestión fundamental hasta el día en que se trate del presupuesto de Marina.» Si, hasta entonces podemos y debemos. Hay una ciudad ilustre en nuestro anales, allá por las riberas de Valencia, que prefirió en los comienzos de nuestra histo-

ria un suicidio fatal de sus habitantes a la dominación extranjera. ¡Gloriosa mártir de la independencia y de la patria! Había un buque ilustre que llevaba con la bandera española, en el tope el nombre de Sagunto, ciudad española, en sus tablas. Vosotros habéis sustituido el nombre con un nombre extranjero. Esto merece la reprobación universal. ¿Veis cómo se puede aralar hasta en el presupuesto de Marina la cuestión dinástica?

Dice S. S. que es peligroso discutir la dinastía. Ese es un principio absolutista. En el siglo XIX, todo lo indiscutible muere. Los absolutistas creen que la discusión debilita; nosotros creemos que fortalece y que salva. Pero lo que realmente pierde a toda situación es comprimir las ideas, porque las ideas comprimidas estallan como la pólvora.

El señor ministro de Estado: Yo he sostenido tres cosas: primera, que aquí el acto del señor presidente constituía un caso de conducta reglamentaria, y sobre esto nada ha dicho el Sr. Castelar; por consiguiente lo mantengo.

He dicho luego, no que no hubiera derecho, sino que no había conveniencia para nadie en convertir estas Asambleas en campos de batalla, y esto lo ratifico también, porque nada se deduce en contra de eso de lo que ha manifestado el Sr. Castelar.

Y por último, he dicho «podría» presentar el señor Castelar una proposición pidiendo la destitución de la dinastía, pero que en eso no hacía su señoría otra cosa sino lo que hace un niño mimado que pide que le traigan la luna.

Pedir eso por una proposición y en esos términos en que S. S. quiere hacerlo, es pedir lo imposible constitucional, como el pedir la luna es un imposible físico.

Después de esto no diré más sino que si S. S. y su partido se lanzasen fuera de la esfera legal, como parece que se deduce de las palabras del Sr. Castelar, no nos quedaríamos sólo con el ejército y con la mayoría parlamentaria, sino que nos quedaríamos con la mayoría del país, con la ley con la razón y con el derecho.